

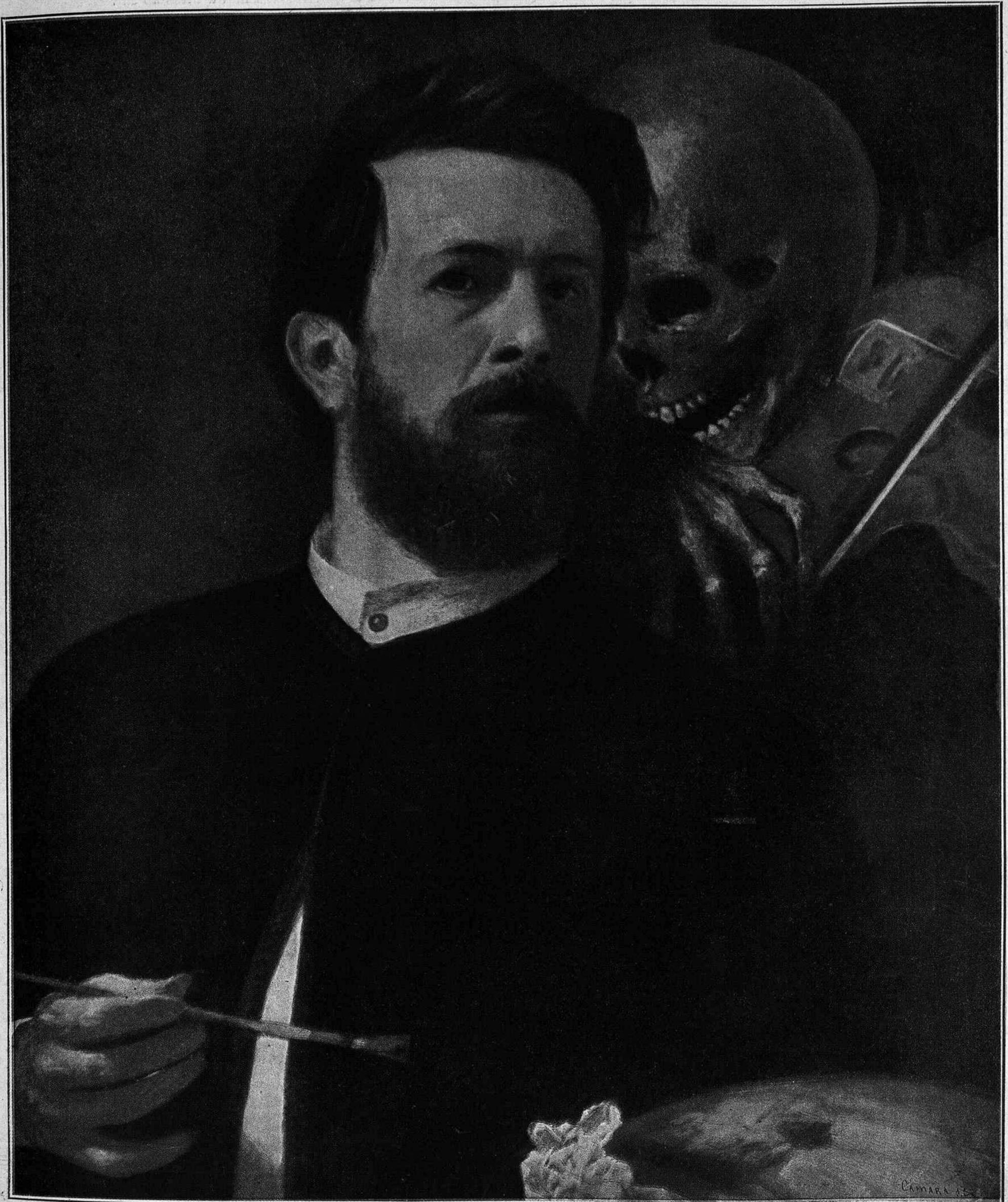
19 SET 1920

La Esfera



Año VII N.º Núm. 350

Precio: Una peseta



AUTORRETRATO, cuadro original de Arnold Böcklin

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues devuelve al cabello, *sin tefirlo*, la substancia que le da vida y color, haya sido *rubio, negro ó castaño*. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace crecer el cabello á los *calvos*, por *rebelde que sea la calvicie*. Cabeza sana y limpia e *caspa*.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.^a, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

Remington UMC
Cartuchos para pistola automática
Su pistola merece el mejor cartucho que pueda comprarse. Muni-ción de calidad inferior puede poner su vida en peligro.
Remington UMC
La Marca Preferida
Los cartuchos Remington UMC para pistola automática sirven para esta clase de arma de cualquiera marca que se fabrique y facilitan al tirador la facultad de hacer uso de su propia destreza.
Se envía impreso especial gratis a quien lo solicite. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.

REMINGTON UMC

C-4

THE REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 Broadway Nueva York

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO
REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

CARDUI
EL TÓNICO DE LA MUJER
El tiempo ha demostrado su eficacia

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97
Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

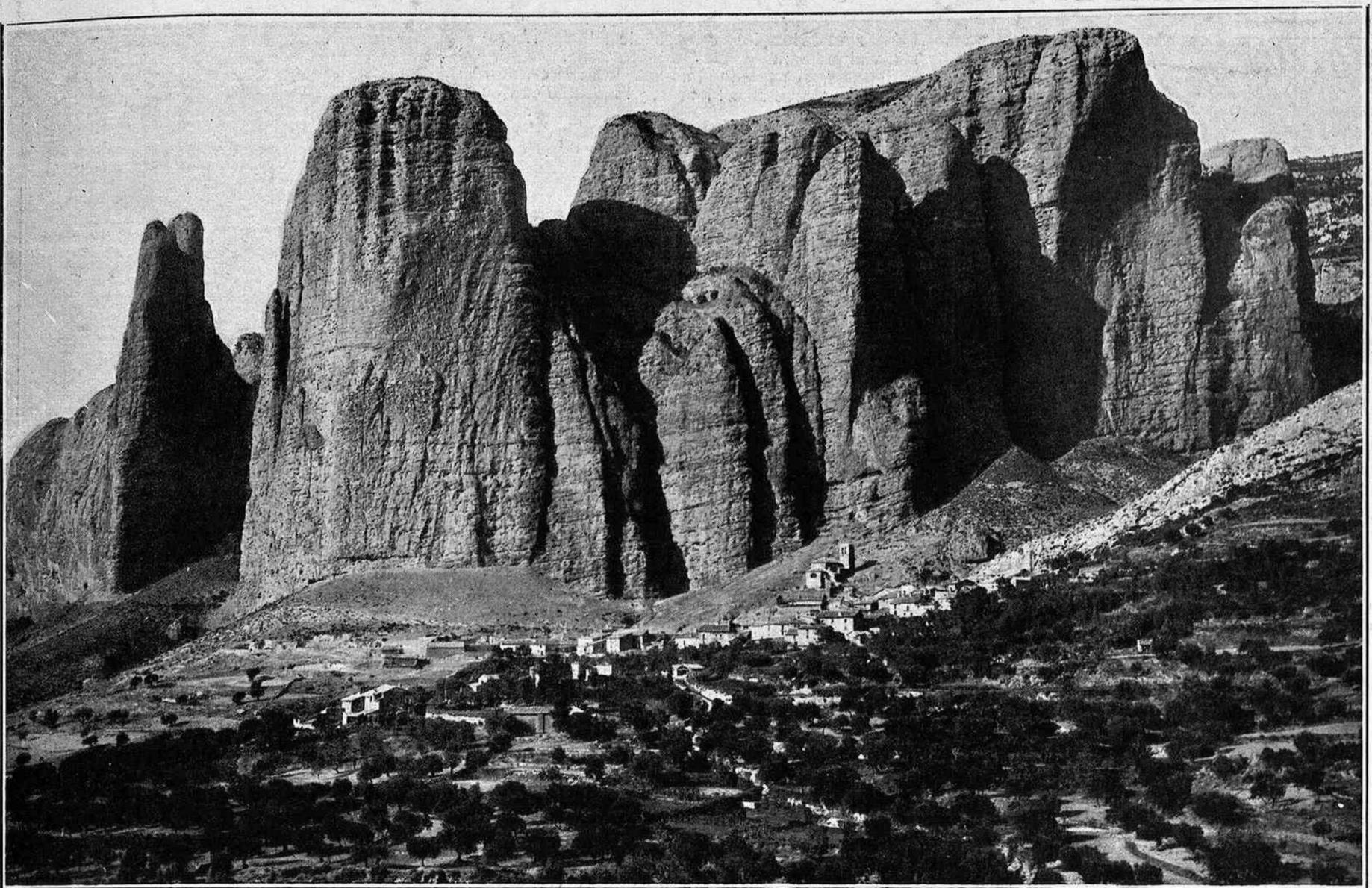
Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO é
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

ESPAÑA PINTORESCA



“Los mallos de Riglos”, imponentes y grandiosas montañas, la mayor de las cuales alcanza una altura superior a 500 metros. Al pie de estas gigantescas rocas eruptivas se cobija el pueblo de Riglos, próximo a Jaca (Huesca)

FOT. DE LAS HERAS

Bon Ami

—para
remover
nubes de
lunas de
espejos



Es difícil remover nubes y manchas de lunas de espejos, lavandolas, fregandolas y puliendolas. Pero un paño humedecido con Bon Ami las elimina fácilmente. El Bon Ami se seca en la luna del espejo y al removerlo con un paño suave y seco limpia completamente las nubes y las manchas.



Usese una espuma aguosa, pues limpia tan bien como una espesa y se remueve con mas facilidad.

DIAZ HERMANOS

Mesón de Paredes, 7, pral., Madrid

S-220

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ “LA ESFERA” ☐ “MUNDO GRÁFICO” ☐
“NUEVO MUNDO”

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
»	Seis meses.....	22 »
»	Tres »	12 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL.....	Un año	45 »
»	Seis meses.....	25 »

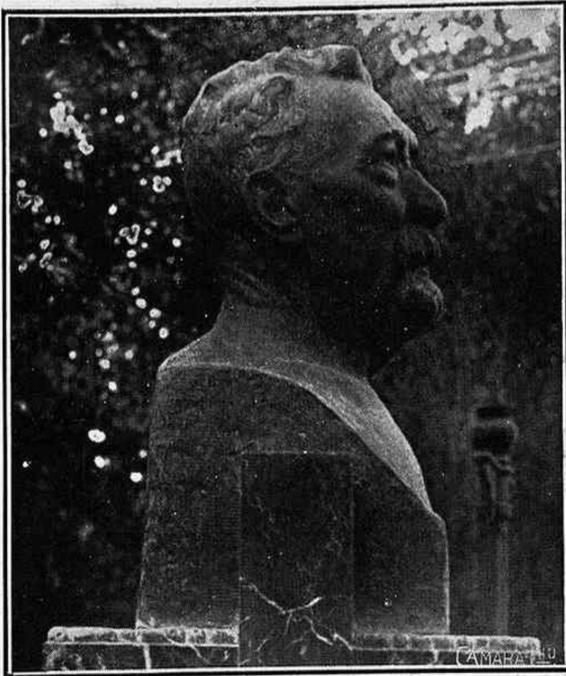
Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
»	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
»	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

EL MAESTRO VIEJO Y EL MAESTRO JOVEN



Monumento á Joaquín Agrasot, por Marco Díaz Pintado
FOTS. GÓMEZ DURÁN

fué decano de los pintores españoles, Joaquín Agrasot, y al malogrado José Benlliure Ortiz.

El primero es debido al notable y joven escultor Francisco Marco Díaz Pintado, y lo modeló en vida de Agrasot.

Se encontraba trabajando en el estudio del viejo pintor, lleno de recuerdos de la vieja Roma, en cuya ciudad estudiara y trabajara, al lado de su íntimo y maestro Fortuny, cuando llegó el maestro Joaquín Sorolla á visitar á su compañero, sorprendiéndole en *pose*. Tal era el parecido del retrato, que Sorolla, impresionado gratamente, propuso al escultor sirviera el busto para elevar un monumento al pintor, que á pesar de sus largos años seguía todos los días trabajando; é inmediatamente aceptada la idea—que hizo llorar de alegría á Agrasot—, inició Sorolla la suscripción.

Conocido lo ocurrido, los artistas valencianos, que querían mucho á Agrasot, secundaron la iniciativa, y pronto el Círculo de Bellas Artes, teniendo en cuenta de que éste era su presidente de honor, recogió, hizo suya la iniciativa, y este verano, en plenas fiestas, pudo Sorolla inaugurar el monumento, que se levanta en la rotonda central del paseo conocido por la Glorieta, sin tener el gusto de poder ver allí presente á Agrasot, que falleciera poco tiempo antes.

El busto está fundido en bronce, y se yergue sobre pedestal de mármol obscuro, lo que hace no luzca la obra del escultor, porque el fondo verde de los árboles impide se destaque.

Como obra escultórica es notabilísima. El parecido del retrato es exacto y su ejecución franca y fácil.

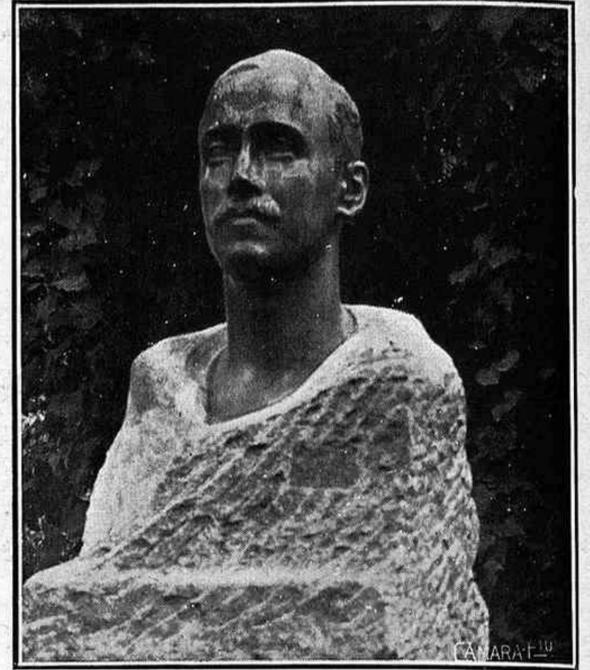
ooo

También el maestro joven tiene su monumento. Este fué iniciativa de la Juventud Artística. José Benlliure Ortiz, discípulo de Sorolla, á quien la sombra gloriosa de la ilustre dinastía de su nombre tal vez le perjudicara en sus primeros pasos por la vida de su arte, murió, como en ocasión triste hubimos de decir, muy joven.

Sus compañeros de Arte no quisieron que, aparte sus obras, dejaran las generaciones que vinieran de hacer justicia á las presentes, respecto al cumplimiento de sus deberes cívicos, y á la ciudad han dejado una verdadera maravilla.

Dos compañeros de juventud de Benlliure Ortiz, el gran escultor Capuz y el ilustre arquitecto Flórez, se ofrecieron á modelar y proyectar busto y monumento.

En las Alamedillas de Serranos, cerca de donde se alza el monumento á Francisco Domingo, maestro del ilustre y santo José Benlliure Ortiz, allá en un



Monumento a José Benlliure Ortiz, por los Sres. Capuz y Flórez

pequeño islote del lago de los jardines, rodeado por aquella agua tranquila y sólo movida por las agitadas sombras de las hojas de los gruesos troncos, sobre pedestal sencillo, cual conviene á la humildad del artista glorificado, se ve salir del bloque de piedra á medio desbatar, la cabeza dorada de Peppino Benlliure.

Fué un gran acierto el dorar el bronce en que el busto está fundido. A ciertas horas toma tales matices, que la pátina que va adquiriendo nos da una impresión extraordinaria.

La cabeza es interesantísima. Bien modelada, de un parecido notable, en él vive el artista muerto, gracias á la devoción de Flórez y Capuz.

La yedra va escalando las losas del pedestal y en las tranquilas aguas del lago se refleja la efigie serena del maestro joven, llena de majestad, mirándonos con los ojos poseídos de aquel su gran amor por la Naturaleza, madre generosa, nunca agotada en sus ternuras por la eterna renovación de la vida.

José MANAUT NOGUÉS

Valencia, 1920.

VARIAS veces pensamos hablar de nuestros monumentos, de nuestros modestos monumentos. Valencia carece de aquéllos formados por grandes masas; pues uno que hay de regulares proporciones, para nosotros, á pesar de lo magnífico é interesante de la obra escultórica, la parte monumental nos lo achica en términos algo más que ridículos, por lo antiestético de los elementos que sirven la masa general.

Pero mientras llega este momento, bueno será señalar la erección de dos modestos monumentos á otros dos maestros de la pintura valenciana, muerto el uno ya viejo, muy viejo, y el otro muy joven, cuando su vigorosa personalidad estaba ya definida y comenzaba á destacarse brillantemente.

Y ambos monumentos tienen también una característica interesante, para la de aquella que ya en estas columnas hubimos de señalar, ocupándonos del erigido en honor del glorioso maestro Francisco Domingo, y es la de que, como éste, los dos que este año se destacan en nuestros jardines están hechos á costa de los propios artistas.

Nos referimos á los monumentos elevados al que

Probad la Hepalina
para el Estreñimiento, la Indigestión y todos los demás desórdenes del Estómago y del Hígado.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



“Lo que sé por mí”

POR

“EL CABALLERO AUDAZ”

(Novena serie)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA

Aguas y Balneario de MARMOLEJO

De éxito en el tratamiento de los enfermos del estómago, hígado, bazo, riñones, vejiga, intestinos, diabetes, sacarina, cloro-anemia, etc.

Abierto al público de 1.º de Abril al 30 de Noviembre.

Estación de ferrocarril á siete horas de Madrid y cuatro de Sevilla.

DEPÓSITO EN MADRID: SAGASTA, 14. — Teléfono J-274.

Vea usted
Compre usted
Lea usted

El Año Artístico 1919

Es la historia de las Bellas Artes en España, escrita por el ilustre crítico

JOSÉ FRANCES

Un tomo de 420 páginas de gran tamaño, con 350 magníficas ilustraciones y cubierta á todo color, original del admirable dibujante

MANUEL BUJADOS
TRECE PESETAS



NO HACE SALIR EL PELO

pero lo conserva y evita que se caiga, el

ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21

BARCELONA

ENCICLOPEDIA

UNIVERSAL ILUSTRADA
EUROPEO - AMERICANA

ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores = **BARCELONA** = Calle de Cortes, 579 y 581

Es la obra mejor ilustrada del mundo. — Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada. — Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades. — Se suscribe en las principales librerías y centros de suscripción de España y América



La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género, así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable

antes de adquirir un diccionario enciclopédico

PANORAMAS DE ESPAÑA



Pintorescos alrededores de Deva (Guipúzcoa)

FOT. SERVET

Coñac



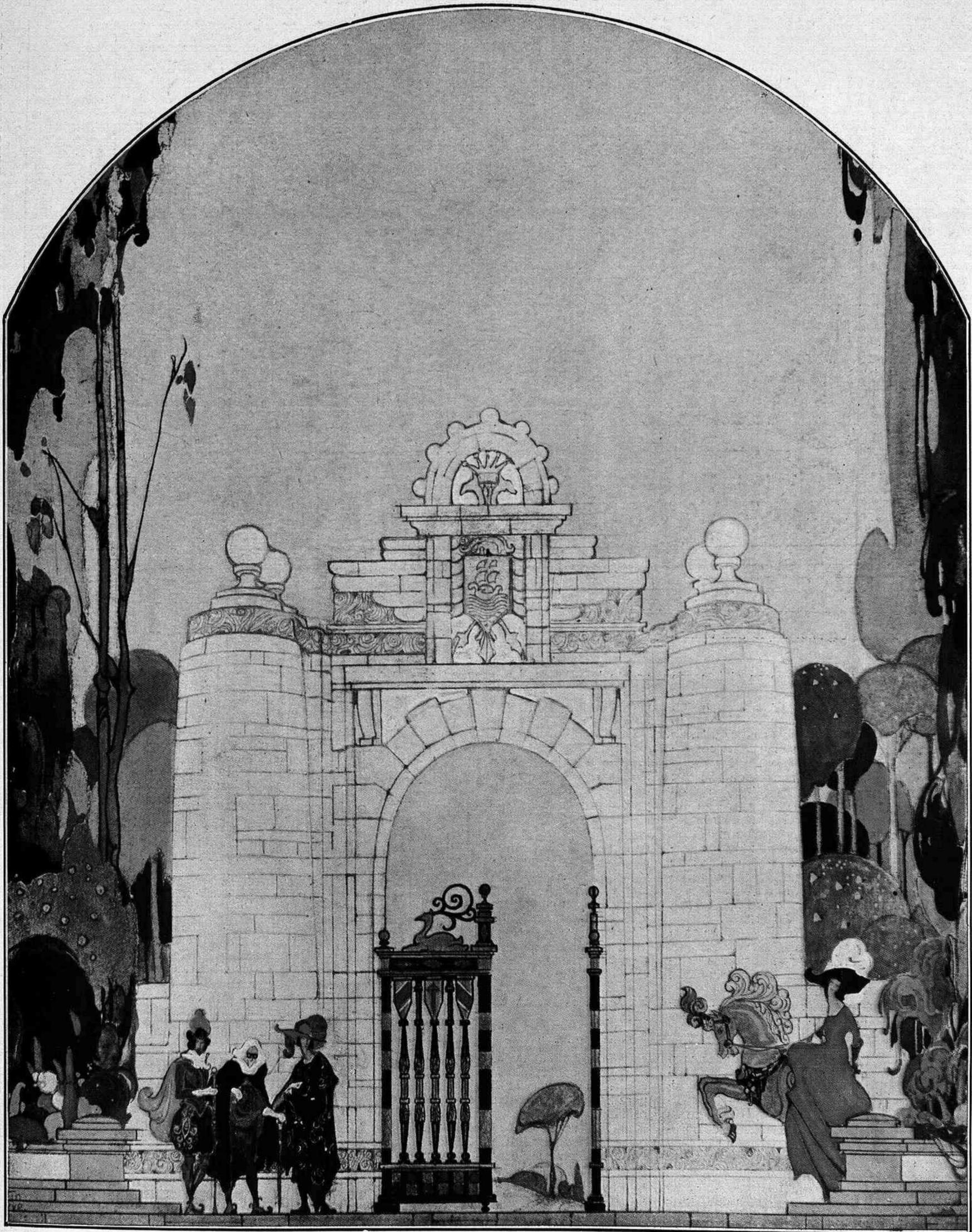
Caballero

La Esfera

Año VII.—Núm. 350

18 de Septiembre de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



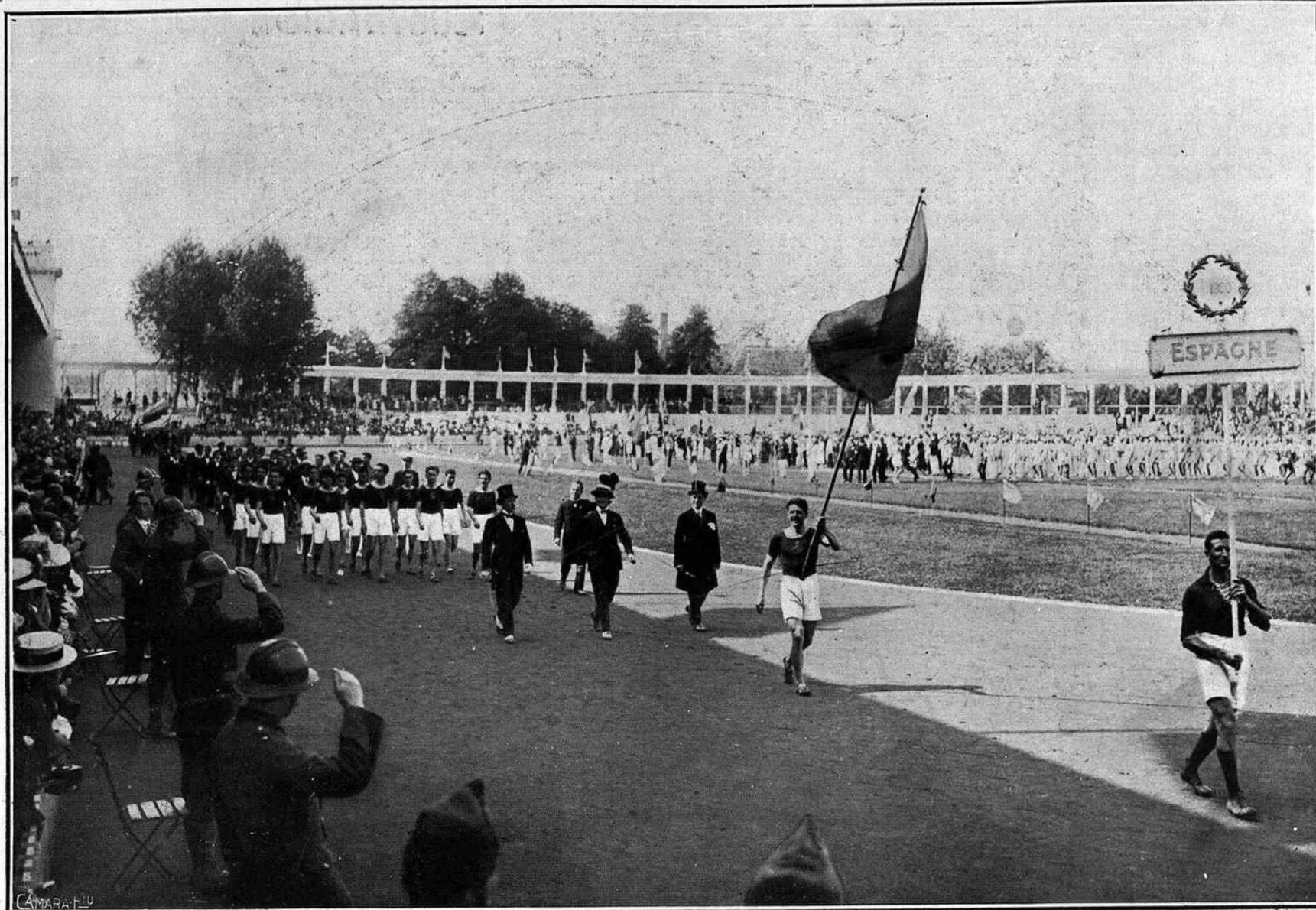
EL PARQUE ROMANTICO

Dibujo original de Agustin Aguirre

DE LA VIDA QUE PASA



MAÑANA CRECEREMOS



Los atletas españoles que han tomado parte en la Olimpiada de Amberes, desfilando ante la tribuna de los Reyes de Bélgica

CUÉNTASE que al presentarse en el inmenso estadio de Amberes el equipo español de *futbol* (así es como en España se llama, con razón, al *foot-ball*), para disputar al conjunto sueco el campeonato de la sexta olimpiada, de las tribunas salió una exclamación misericordiosa, reveladora del concepto que nuestra patria ha merecido á los pueblos fuertes de Europa: ¡Oh, les pauvres petits espagnols! Los nobles muchachos, que llevaban bordado sobre su pecho, en las flotantes blusas, el león de oro rampante sobre campo de gules, debieron morderse los labios, á aquella exclamación de los yanquis en Santiago de Cuba, al entregar latas de conservas á los hambrientos soldados castellanos. ¡Pobres, pequeños! Y el rubor cubrió hasta sus frentes, al acudir á ocupar sus puestos, en el momento de sonar el pito del árbitro.

Al acabar el segundo tiempo, España era aclamada: la victoria era de los nuestros. Como en el polo, como en el *tennis* y como en otras pruebas deportivas, los pequeños habían triunfado, y, al salir del estadio, se pudo comprobar que alguno de los llamados pequeños medía un metro y ochenta centímetros.

ooo

Diréis que no hay motivo para echar las campanas á vuelo por un triunfo en el que Cavia denominó antaño *balompié*. Y yo os digo que sí; porque los deportes procuran el índice de la fortaleza de las razas, y, sobre todo, porque no es únicamente en ella en donde es posible comprobar que España renace de un modo rápido y notorio, sino en todas las manifestaciones de la inteligencia, de la voluntad, del prestigio y de la riqueza. Formemos un equipo, un cuadro, un conjunto español de especialistas en una materia, y deberá inmediatamente rampar sobre su pecho el león de oro en campo de gules. En el extranjero se dirá: ¡Pobrecitos pequeños! Pero inmediatamente se nos verá, si no en primera, en segunda fila, y con propósito decidido de ocupar

pronto la primera. Lo que hay es que se nos desconoce. Peor para los que tengan los ojos cerrados; pronto tendrán que rectificar y medir las tallas de un metro ochenta.

En el mes de Febrero, alguien se lamentó indiscreta y públicamente en Tegucigalpa de que la «Banda de los Supremos Poderes» no hallaba música española que interpretar; circunstancia que le hacía dudar de la mentalidad española, y en el programa de un concierto se decía algo molesto y despectivo. Pero los extranjeros que han oído interpretar música española á la Banda Municipal de Madrid, saben que no estamos en Tegucigalpa, y que es muy difícil que haya otra en el mundo capaz de interpretar como ella todo lo escrito sobre el pentagrama. Los pobres pequeños han crecido mucho en esto y en todo, y más de un pedante de los grandes centros científicos y europeos sudaría hiel y vinagre si tuviera que presentarse como aspirante en unas oposiciones á Correos ó á la Academia militar, como sudarían los señores que hablan de nuestras bandas si tuvieran que aspirar á ser redoblante en la Banda de Carabanchel ó la de Alica.

ooo

Muy de ligero juzgará quien suponga que esta opinión se funda en una vana patriotería ó un un exagerado concepto del valor de la raza. No; se apoya en una verdad comprobada y elemental: para hacer las cosas son precisos medios, y esos medios de enriquecimiento y desarrollo de las facultades se las ha de procurar á España, y ha comenzado á procurárselas, el desnivel del suelo. La riqueza se llama hoy salto de agua, y España, después de Suiza, es la unión de suelo más desnivelado de Europa. Cuando la riqueza era trigo y no sembraba América, y Rusia carecía de medios de transporte, Castilla dominó á todo el mundo. Cuando la fuerza motriz de la industria fué el carbón y el universo fué industrial, comenzó nuestra decadencia. Hoy es la hulla blanca, y queramos ó no queramos, sea-

mos buenos ó malos, se nos llame pequeños ó grandes, España será rica y contará con medios de desenvolver sus energías. Esto se está viendo, y se verá cada vez más, por años, por meses, por semanas. Tan equivocado estará quien crea que el fenómeno obedece á nuestra grandeza, como quien suponga que lo hará imposible nuestra pequeñez. Estriba únicamente en la prosaica realidad del descubrimiento de la dinamo, como nuestra miseria ha respondido á nuestra falta de carbón.

Sin dinero no se puede ser grande industrial, ni económicamente; ó, como dicen los franceses, *pas d'argent, pas de suisse*.

ooo

Es muy fácil y cómodo hacer psicologías individuales y colectivas sin contar con el medio. Decir que un pobre es sucio porque no se baña, y de una nación, que es atrasada porque no tiene una peseta. Cuando cambian las condiciones en que se vive, los ricos arruinados dejan de bañarse, y los pueblos enriquecidos prosperan y adelantan. España cayó muy abajo, porque le era imposible adquirir riqueza compitiendo con quienes andaban sobre carbón de piedra. Ahora que la fuerza motriz es otra, va á haber en el mundo muchas sorpresas. Como la pereza de los niños á quienes se llama holgazanes suele encontrarse en razón inversa de los metros cúbicos de aire que contiene su alcoba y directa de las toxinas que en los muchos alimentos ingiere, así el atraso de los pueblos se halla en razón inversa de la facilidad que encuentran para procurarse primeras materias y fuerza motriz. Hablen cuanto gusten los patriotas de las virtudes de nuestra raza, y los enriquecidos por azar, de sus defectos y de su decadencia. Pero esperen siquiera diez años. ¡Quién sabe para entonces quiénes serán los afortunados que podrán decir de sus vecinos con irónica misericordia: «¡Pobres pequeños!»

ANTONIO ZOZAYA

Las catacumbas de Nápoles y Palermo

SEÑALA Dickens en sus *Escenas de viaje* la prisa que se dan los italianos en separarse de sus muertos, como si quisieran alejar pronto de sí la siniestra compañía de los que ya no son más.

Debido á ello, sin duda, los sepultados con vida deben abundar, porque en ninguna parte como en Italia se abrevian los trámites para los enterramientos.

Las clases inferiores de la sociedad, como menos sensibilizadas, hasta lo hacen con una indiferencia chocante.

El célebre novelista escribe acerca del modo poco piadoso cómo en muchas ciudades de Italia, sobre todo en Nápoles, se entierran los cadáveres de los pobres; pues se echan muchas veces sin ataúd en una fosa común, convencidos de la inutilidad de la fúnebre caja para hacer el viaje de ultratumba.

En la riente ciudad del Vesubio hay un cementerio popular con 365 fosas comunes, una para cada día del año, que se abre una sola vez para albergar los muertos de cada veinticuatro horas. Luego vuelve á cerrarse, y no se abre hasta la misma fecha del año siguiente. Claro que en los años bisiestos el turno se corre forzosamente de un día, y, por lo tanto, de una fecha. Para apresurar la descomposición de la carroña humana se echan capas de cal, para que al año siguiente no quede más que el esqueleto.

Dan con ello los italianos un alto ejemplo de la ninguna importancia que conceden á las mal llamadas pompas fúnebres, que no sirven más que para mantener una superflua industria absolutamente innecesaria. La explotación de una póstuma vanidad.

En la fosa común se pierde el recuerdo de todos, y cuando periódicamente se sacan los restos de los sepultados, se acumulan en montones en el interior de unas vastísimas cuevas, que son á modo de las catacumbas de Nápoles, que, aunque defieren de las celebradas de Roma, de las primeras edades del cristianismo, tienen de común en que ambas están consagradas al imperio de la Muerte.

Los esqueletos, las calaveras, se apilan en elevadas pirámides confundidas sin piedad, dando una sensación dantesca de horror.

Pese á ello, el osario de Nápoles constituye una atracción más de la encantadora ciudad italiana, y los cicerones llevan á los turistas á estas catacumbas napolitanas.

Pero donde la Muerte tiene los mimos y cariños de la vida es en Palermo, en la cripta del monasterio de los Capuchinos, sito en las afueras de la ciudad, y que por analogía de dominación con las típicas necrópolis de las demás ciudades italianas, constituyen las catacumbas palermitanas.

Allí se guardan los cadáveres insepultos, momificados en largas naves, iluminadas tibiamente por polvorientos ventanales, en las que las pacientísimas arañas tejen sus inimitables redes.

Los cadáveres cuelgan á millares de las pare-



Cripta del monasterio de Capuchinos, en Palermo

des, desde el suelo hasta el techo, ocupando largas filas alineadas, por entre las que pasan los visitantes.

Las caras momificadas tienen todas las trágicas facetas de la muerte. El color varía dentro siempre de una sombría gama, desde el sucio amarillo que no recuerda ciertamente el del dorado metal, norte y afán de las vidas, hasta el negro parduzco y violáceo de lo trágico.

Las bocas se contraen en muecas de horror. Unas parecen que rien, sin embargo; otras que amenazan con la dentadura saliente como hambrientos caninos. Las pasiones que alentaron en vida parecen poseerlas también después de muertos. El temor, la cólera, aparecen retratados en los momificados rostros. Pocos, algunos, aparentan tranquilidad. Tal vez sean los escasos mortales que mueren en paz. Qué pocos serán los que así mueren, si nos guiamos por las facciones de las momias de Palermo.

Uno sólo de ellos recuerdo, especialmente, de mi visita, años atrás, cuando fui testigo de la horrorosa catástrofe de los terremotos de Diciembre de 1908.

Colgaba del techo, al final del cruce de una siniestra galería de cadáveres, con otra. Tenía, como todas, su etiqueta, que, á modo de cédula de identidad, establecía su filiación civil en la vida. Era la momia de un caballero palermitano del siglo XVIII. No recuerdo, sin embargo, su nombre. Pero no hace el caso. Sólo sé que el fúnebre epitafio era la síntesis de sus virtudes en la tierra. «Fué buen padre y excelente ciudadano», decía la leyenda mortuoria. Y fijándome

en su rostro, plácido y sereno, me convencí que no fueron las alabanzas que siguen á los muertos, sino la fiel expresión de la verdad.

Aquel caballero palermitano, que hacía dos siglos colgaba del techo de la cripta del monasterio, fué, indudablemente, un padre ejemplar y un ciudadano modelo. Al cabo de tantísimos años, su rostro momificado lo revelaba.

Las pasiones de su ánimo no corroyeron en vida su carne como á otros, que, aun después de la muerte, aún conservan el rictus de dolor y tormento que las desenfundadas pasiones imprimen á la carne de los humanos que se dejan dominar por ellas.

Los cadáveres de las catacumbas de Palermo están todos más ó menos decorosamente vestidos, y si alguno ostenta desnudo el esqueleto, es que no tiene ya deudos ó amigos que se encarguen de cubrir la desnudez de sus huesos.

Los frailes llevan sus hábitos pardos y humildes; los seculares, en cambio, visten sus mejores ropas, y hasta las jóvenes doncellas ostentan coronas virginales y á veces lujosas galas.

Las familias palermitanas que pueden pagar la conservación de sus deudos, no los entregan á la invisibilidad de las tumbas, donde desaparecen en el seno de la madre tierra para no volver á verlos más.

En la cripta del monasterio capuchino pueden las familias visitarlos cuando gusten, y cuidan de su conservación y de la renovación de los trajes que llevaban cuando fallecieron.

En aquellas húmedas soledades de la cripta, la ropa se decolora y apolilla pronto, y toda familia rica ó que estime en algo á sus muertos, no puede permitir que el padre, el abuelo, etc., vistan harapos. Así, es tradición que cada familia pudiente provea de ropas á sus muertos, por ancestrales que sean, con tal que de ellos quede memoria.

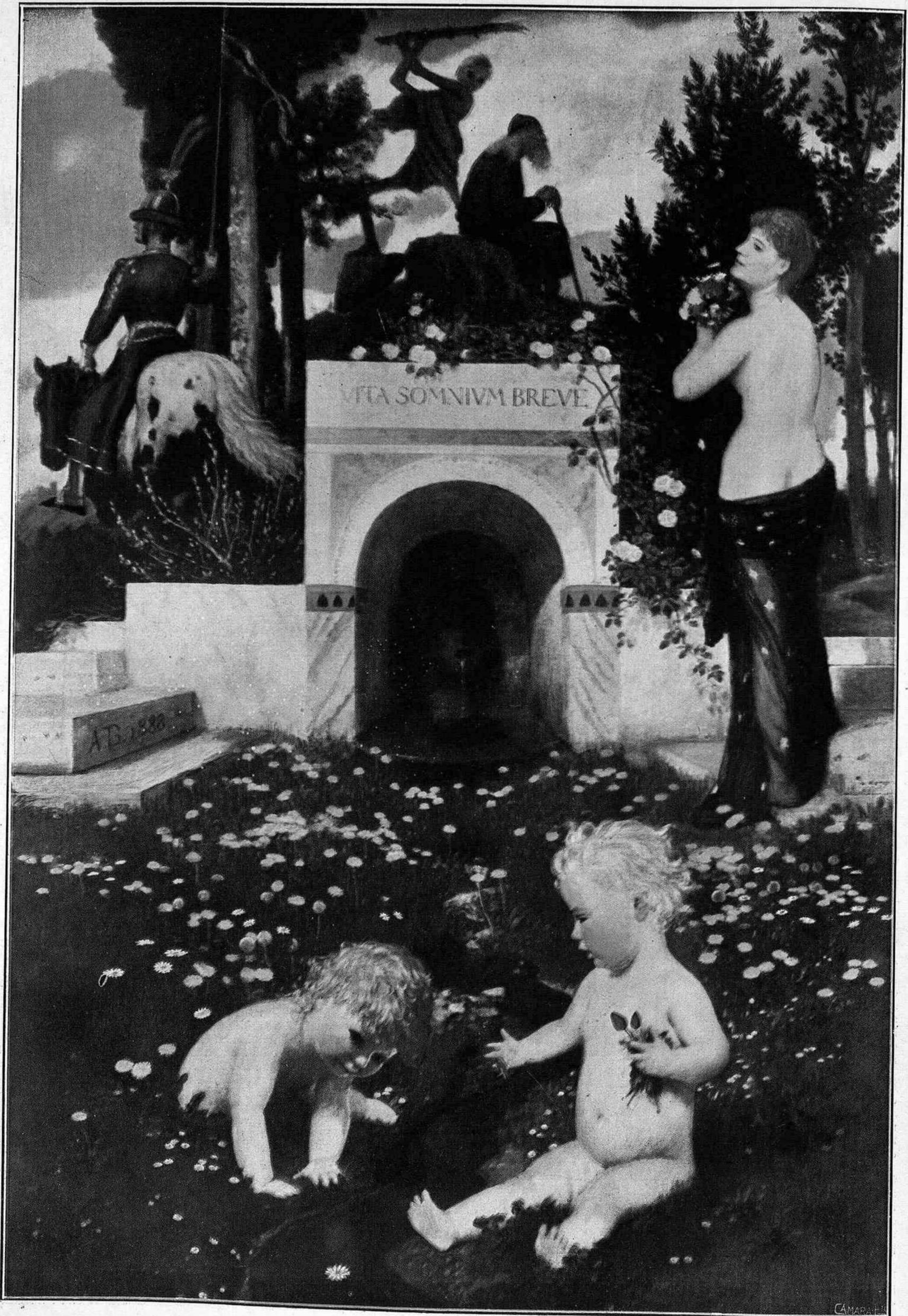
El día de la conmemoración de los difuntos, la cripta del monasterio aparece espléndidamente iluminada. Celébranse allí mismo solemnes Oficios en sufragio por el eterno descanso de los que fueron. Las familias visitan los restos de sus antepasados, que, tratándose de personas acomodadas, han sido previamente vestidos con costosos trajes.

El culto á los muertos alcanza, pues, en Palermo un grado de realismo como en ninguna parte. Las familias no pierden totalmente á sus deudos, sino que los atienden con solicitud para que no se desvanezcan bajo una losa fría, sino que procuran conservar la personalidad é integridad de la mísera envoltura carnal hasta los límites de lo posible.

Una visita á la cripta del monasterio palermitano produce una sensación de malestar, al desfilar por ante tantas generaciones que nos precedieron en el emplazado usufructo de la vida, que fueron lo que hoy somos y que son lo que nosotros seremos...

GUILLERMO RITWAGEN

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



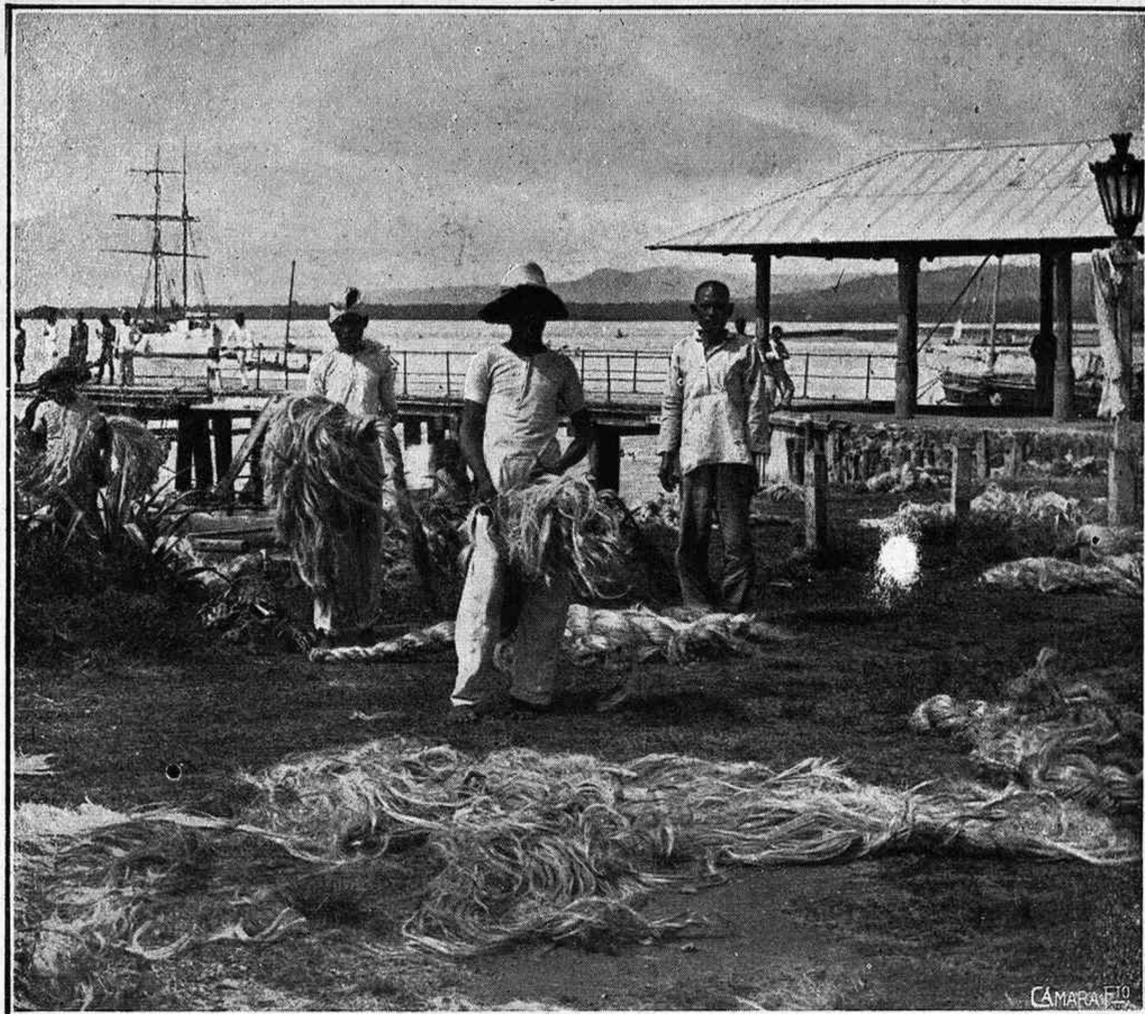
“VITA SOMNIVM BREVE”, cuadro del célebre pintor suizo A. Böcklin, que se conserva en el Museo de Basilea

ANTE LA CRISIS DEL PAPEL

Abacá en Filipinas y en Canarias

AQUEL francés españolizado que se llamó Luis Néé, sabio botánico, infatigable explorador de la Naturaleza, que enriqueció los herbarios del Jardín Botánico madrileño, publicó en los *Anales de Ciencias Naturales*, que apareció en Madrid desde 1799 á 1804, los primeros estudios que conoció España sobre el abacá. Néé no sólo describió la planta científicamente y determinó las diferencias que existían entre sus cuatro variedades—brava, de monte, sagig y laquis, todo ello nuevo en Botánica—, sino que recabó para España la gloria de haber industrializado la fibra de esa planta en su grandioso y soberbio imperio de Filipinas, que perdimos sin razón y sin derecho, cuando aún no habíamos llegado á conocerlo y mucho menos á explotarlo. Advuértase que, antes de Néé, ningún botánico había estudiado el abacá filipino, asunto del que sólo se encuentran breves noticias en la *Relación de las Islas, Filipinas*, publicada por el Padre Chirino, en Roma, en el siglo xvii.

Según la información de Néé, cuando llegaron los primeros españoles á Filipinas, sólo los naturales de la provincia de Nabia extraían la fibra del plátano, y la utilizaban tan torpemente, que tardaba uno de los más hábiles tejedores más de un mes en hacer un sombrero, y casi tanto tiempo en preparar una pieza de tela del largo de la fibra; escasamente metro y medio. Fueron los españoles quienes advirtieron el inmenso valor de aquella planta, y aplicaron á su desfibrado y tejido las herramientas que se usaban en España para utilizar el cáñamo. Se creó así lo que constituye hoy una de las mayo-



Obreros filipinos ocupados en la preparación del abacá para su empleo industrial

res riquezas del Archipiélago Magallánico, en cuya explotación trabajan activamente los yanquis.

Cada mes vemos en el *Boletín de la Cámara de Comercio Española*, de Manila—una admirable revista donde abnegados compatriotas mantienen en aquella lejanía nuestro blasón—, las cifras de exportación del abacá. El valor de la cosecha de 1917 excedió á cien millones de pesetas. Advuértese la importancia de los estudios que realizó Néé, y que fueron precursores de los que, pasado más de medio siglo, había de realizar el admirable Padre Blanco en su portentosa *Flora de Filipinas*. Bastaría esta obra para honrar y enaltecer el período de colonización española, la más culta, la más estudiosa, la más fecunda en libros de cuantas realizó Europa en Oriente. De ninguna de sus colonias pueden presentar Inglaterra ni Francia, Portugal ni Holanda, una biblioteca como la que los frailes, los militares y los funcionarios españoles escribieron sobre Filipinas. El Estado, los validos de los Reyes absolutos y los ministros de los Reyes constitucionales, fueron los únicos que no se enteraron de la riqueza inmensa que tuvimos y perdimos.

El hecho es que, gracias al esfuerzo y á la iniciativa de los españoles, el árbol llamado *Higuera de Adán*, por suponerse que con sus enormes hojas taparon su desnudez los primeros pobladores de la tierra, se convirtió en una de las plantas que más abundante primera materia suministra hoy á la industria. Más flexible y resistente que el cáñamo, esta fibra es una hija del mar, que no teme al mar. Hecha jarcias y hecha envoltura de los cables submarinos, resiste la acción de las sales marinas sin necesidad de alquitranado. Y así, imitando á la pródiga y varia Naturaleza de los islotes del Océano Pacífico, lo mismo se ofrece ruda para estos menesteres de la navegación, é igual sirve para calabotes y saquerío que se afina y sutaliza, y sirve para tejidos vaporosos, como de seda.

Evoquemos, finalmente, la labor de otro admirable español, burócrata aventurero, un poco sabio y un poco literato, que en las nóminas del Estado se llamó José Felipe del Pan, oficial

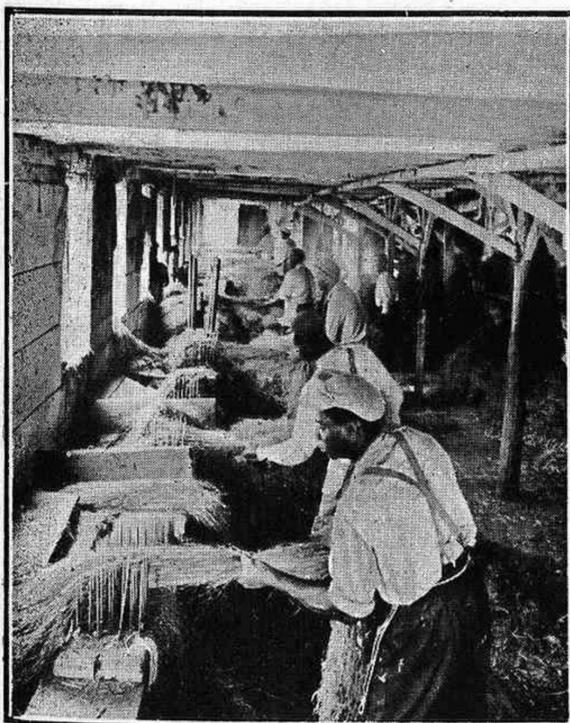
segundo de la secretaría del Gobierno superior civil de Filipinas en 1859. Este olvidado español escribió una Memoria, estudiando la posibilidad de aclimatar el plátano llamado abacá, en Canarias y en algunas provincias de la Península, ya que se cultivan en ellas otras variedades de la misma planta. No fué estéril el trabajo de Pan. Por Real orden se pidieron semillas á Manila y se entregaron á la Sociedad Económica de Amigos del País, de Las Palmas, donde los ensayos tuvieron tanta mayor importancia, cuanto que allí ya había un benemérito canario, don Juan Bautista Marcaida, que intentaba utilizar la fibra del plátano canario, que tan gustoso fruto produce.

Y he aquí que es ahora cuando tendría importancia aclimatar el abacá en Canarias, ó en Andalucía, porque con los desperdicios del desfibrado, que representan casi la mitad del volumen de cada tronco,

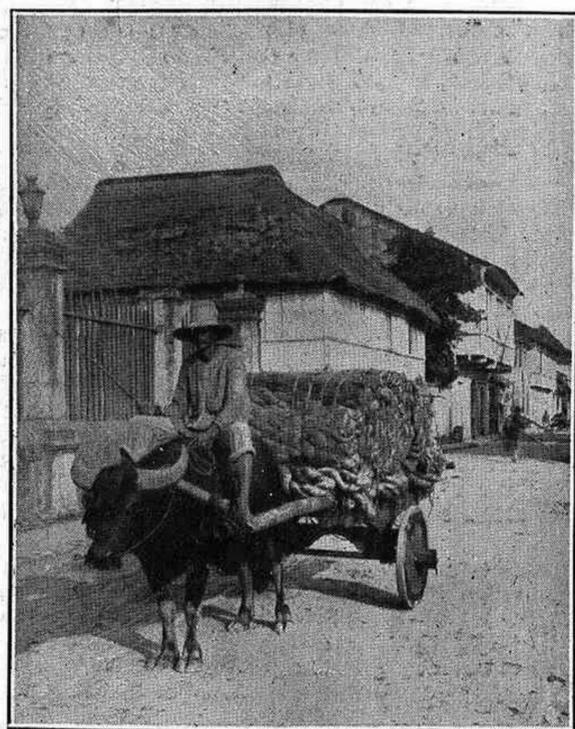
se puede fabricar un papel admirable; papel que vendría á resolver el problema amedrentador del encarecimiento de este producto, tan necesario para la vida moderna como el mismo pan con que nos alimentamos.

Así, al evocar su memoria, resultaría simbólico el apellido de aquel oficial segundo de la secretaría del Gobierno superior civil de Filipinas, como en las nóminas de la burocracia se llamaba al original novelista, y costumbrista, y romancero, un poco aventurero y un poco leguleyo, que quiso regalar á España una riqueza que España ha pagado con el olvido.

MARTÍN ÁVILA



Preparación del abacá para la confección de maromas y jarcias



Transporte del abacá á una fábrica de tejidos
FOTS. GINESTAL


 EL ABISMO ROMÁNTICO
 


TI 54-52

EN medio del silencio de la sala á oscuras, sobre la nítida pantalla, se abrazan dos amantes, mientras el público sonríe con acogedora simpatía. Hemos llegado un poco tarde para saber concretamente quiénes son esos dos amantes que se abrazan á la vista del público; pero, ¿no lo sabemos ya de siempre?... Son los eternos prometidos heroicos que constituyen el eje de cualquier película norteamericana; dos novios que tienen una extraña maestría: él para boxear, ella para galopar á lomos de caballos veloces, y ambos para besarse en los minutos dulces. La muchacha, morena, casi niña, mira al suelo con sus ojos inmensos; el galán, muy rubio, muy alto, muy fuerte, nos parece algo soso. Están tristes porque una sociedad secreta les pone toda clase de obstáculos al logro de su amor, ó porque temen ser hermanos de padre, ó por otra inverosimilitud encantadora, sin la cual no habría cinedrama. Y he aquí que, quien más, quien menos, cada uno de nosotros se ha añiñado lo suficiente para seguir con verdadero interés las peripecias que acaecen á estos dos tórtolos cinematográficos durante una serie de catorce episodios y un epílogo.

¿En qué consiste el encanto del cine, tan pueril, tan artificioso, tan absurdo? ¿Por qué ejerce sobre nuestra sensibilidad semejante fascinación ese teatro mudo y negro que alcanza refinamientos máximos en algunos detalles y en otros no pasa de un primitivismo inocente? Tal vez el secreto estribe en que el *film* resulta una válvula

de escape para nuestra novelería, un bajel lírico en que hoga nuestra ansia aventurera, un cielo propicio para los vuelos de nuestra imaginación. Merced al cine, hemos contemplado desde lejos muchos espectáculos que, á no ser por él, probablemente no habríamos contemplado nunca, y acaso sea esta inasequibilidad de sus personajes y de sus parajes, demasiado remotos, lo que nos hace preferirlo. «Amarás el país en donde no estarás, el amante á quien no conocerás...», dice Baudelaire á una lunática. Pero, ¿no somos todos, en el fondo, un tantico lunáticos?

Hemos descubierto, pues, una nueva llama en que nuestra fantasía abraza sus alas de falena; una nueva fuente en que, como Narciso, se ahogue nuestro deseo; y este abismo que nos atrae más que otros con el misterio de sus profundidades; este abismo en cuya sima cantan sirenas luminosas, ha venido por fin á servir de opio redentor para la burguesía moderna, que no soñaba en su modorra de laboriosas digestiones. «¿Dónde está el rayo que os lama con su lengua, dónde el delirio que haría falta inocularos?», preguntaba, años atrás, el loco Nietzsche. Hoy están á nuestro completo alcance ese delirio y ese rayo, enseñándonos á soñar módicamente, y soñar equivale á vivir, ya que la vida es sueño.

... ¿Verdad que sí, pálida espectadora? Tu primer amor fué el hombre entrevisto un instante en la pantalla, para perderse luego entre la anónima muchedumbre neoyorkina; aquel hom-

bre surgido no sabes de dónde y que ignoras adónde se marchó después; el cine te hizo experimentar raros estados de alma y admirar maravillosos paisajes, que también son estados de alma, si Amiel no nos mentía—ciudades con templos feéricos, selvas fabulosas, rincones submarinos—; una pareja sentimental, protagonista de cierta película italiana, te reveló aquel beso con el que has besado en pesadilla varias veces á tu Lohengrin yanqui cuando eras una Elsa deliciosamente cursi; las magníficas habitaciones que servían de marco á tanto drama conmovedor te han educado el gusto, y los exquisitos figurines de la Bertini ó la Borelli te han dado idea para reformarte más de un traje; á través de cinematográficas cintas te ha oreado en diferentes ocasiones la literatura buena, y así has podido familiarizarte con la Salambó del gran Flaubert, con la Mila di Codra del estupendo D'Annunzio, con tus contemporáneas las neurasténicas heroínas de Bataille... Ya ves cómo en el cine despertó tu espíritu, que dormía cual la bella en el bosque, que quizá estaba muerto cual el bíblico Lázaro.

¡Salve, abismo romántico! Gracias á ti, que invitas á extraordinarios viajes é incitas á grandiosas pasiones, la Humanidad presente olvida de cuando en cuando las minucias de esta broma pesada que se llama existencia para los humildes, para los adocenados, para los ingenuos...

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

EL SUR ARGELINO



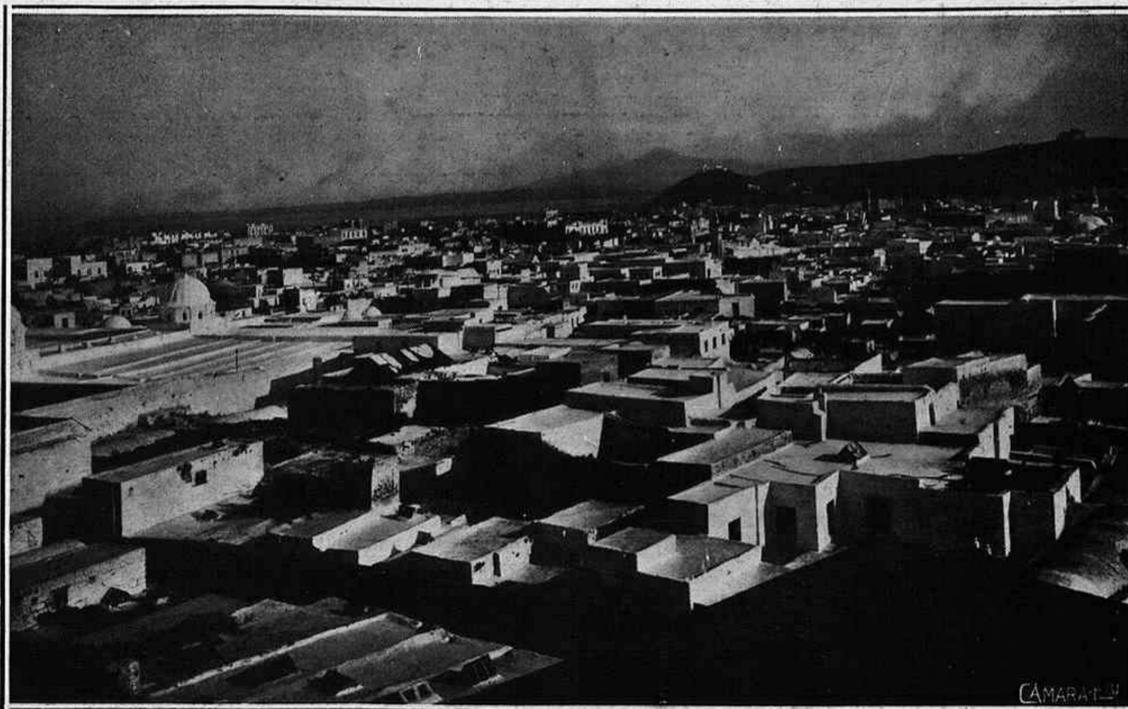
LAJUAT

CRUZANDO landas y atravesando floridos senderos, se llega á Ain-el-Ibel, situado en una vasta llanura y circuido por un frondoso bosque de claras y gentiles palmeras. Todo el paisaje es dorado y fulgurante, y á pesar de su densa tristeza, tiene, sin embargo, una atracción profunda por su armoniosa simplicidad, por sus perspectivas infinitas y por su silencio que no turba ni el vuelo ligero de un ave.

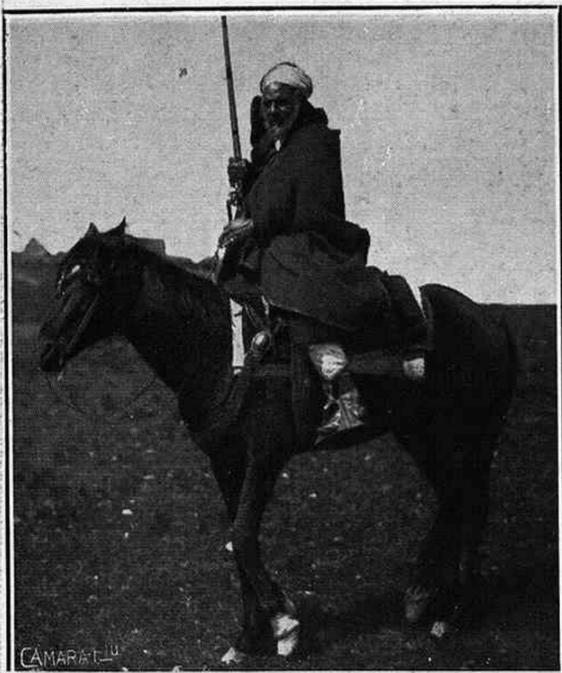
La lentitud somnolienta de las caravanas de camellos, para las cuales el tiempo no tiene medida; el sol, que eternamente arranca centelleos á la tierra desnuda; la inmensidad de los horizontes; la inmovilidad y el aislamiento solitario, predisponen al éxtasis, al anodamiento de la vida contemplativa, al fatalismo dulce y desesperado.

Pasando Mokta-el-Ust, comienzan los arenales del Desierto.

Los *sluguis*, finos y preciosos galgos amarillos, con el cuello rodeado de amuletos, corren con velocidades inverosímiles persiguiendo á las liebres y á los chacales. Y las Ulad-Naïl, las bellas y gráciles mujeres del mar de arena, doradas por el sol desértico, tornan de Argel, de Constantina, con sus frentes tatuadas de azules signos cabalísticos, ornadas de bárbaras y magníficas joyas, á sus oasis llenos de sombras y de perfumes, en donde las espera el hombre enjuto y fiero y altivo como un agui-



Vista de Lajuat



Un jefe de tribu del Desierto

lucho, y los niños de traza arcangélica, semejantes á ídolos de oro.

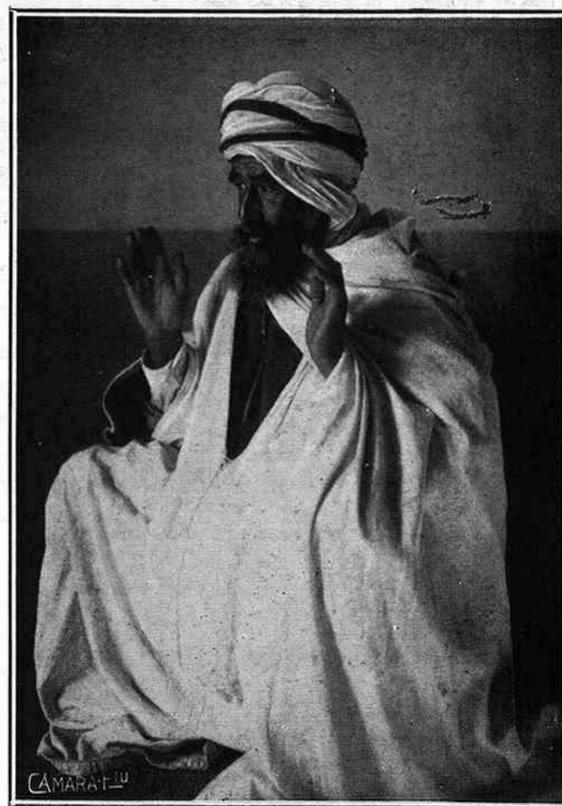
Lajuat surge como una isla verde y fragante entre la arena candente del Desierto.

Es una ciudad metálicamente blanca, que parece tener brillantes reflejos azulados; sus calles son escuetas y tortuosas, como encrucijadas de fiebre, y sobre el aire, que diríase que fosforece de luz, se destacan los alminares de las mezquitas, rojos unos como sangrientas llamaradas, y verdes otros con resplandores de esmeralda.

Un oculto y enigmático río subterráneo atraviesa la ciudad, aproximándose en algunos determinados parajes á la superficie de la tierra, y desagua en grandes estanques bordeados de una vegetación espléndida.

Lajuat es una ciudad, más bien un dilatado oasis, lleno de encanto. El *suk* está rodeado de arcos antiguos, de la más pura y exquisita arquitectura árabe-mogarbi. Una torre octógona, constelada de lucientes azulejos, entona noble y bellamente el conjunto.

Las calles son angostas, lóbregas, negramente sombrías, y en ellas se espera ver surgir alucinantes espectros atormentados; pero de pronto aparece un jardín, tan lleno de frescura, de



Un árabe del Desierto, en oración



Un escuadrón de "spahis" en el Desierto

aroma, de hechizo, como una evocación maravillosa. Estos jardines están hechos de cipreses, de naranjos, de adelfas, de laureles, de jazmines, de mirtos y de rosas únicas, y por todas partes murmuran surtidores cuya voz musical y suave dice cosas inexpresables, pero suscitadoras de ensueños encantados y de visiones fabulosas.

A través de alguna entreabierta puerta de cedro labrado, se vislumbra un patio de mármol con azulejos, de una fastuosa policromía, y se adivina, por el perfume de rosa y de ámbar, la presencia de una mujer, de una de esas raras y peregrinas criaturas del Desierto, que tienen ágiles elasticidades de serpientes y pupilas de diosas llenas de misterio y de fascinaciones.

Saliendo de Lajuat, como un quimérico mundo de luces inconcebibles y de espacios sin fin, aparece el Desierto, atrayente y trágico como la muerte.

Y en el último límite que confunde el Desierto con el cielo, se hunde lentamente un sol rojo y monstruoso, como un gigantesco corazón que se desangra.

ISAAC MUÑOZ

EL VERANEO DE LOS REYES



S. M. el Rey Don Alfonso XIII, saliendo del embarcadero del Club del Abra, en Las Arenas, después de haber tomado parte en las regatas de balandros

FOT. CAMPÚA. H.

CAMPÚA

impertinente como un reto, se han perdido; sólo en la risilla irónica queda algo, algo...

—Ha venido usted muy á menos.

—¡Pasan las Monarquías, querido!

—Pero usted—dije—es, verdaderamente, «el padre de su pueblo».

—Pero mis hijos son unos demonios. ¡No tienes idea! Y cada día me dais más trabajo. He tenido que montar sucursales.

—¿Dónde?

—¡Oh! ¡En muchas partes! Ahí cerca tengo una. Ahora vamos allá.

—Con el término de la guerra, descansará usted.

—Sí, sí—sonrió—. Oye: échame una mano; se me cae el zurrón—. Se detuvo.

—¿Lleva usted aquí su obra, el Tratado?

—Me lo llevo á las calderas, para cocerlo; cuando esté en su punto, verás cosa rica. ¡Mira si promete—. Tenía en sus manos el lujoso álbum de tapas doradas que vi en Versalles. Entreabrió el libro; advertí cómo los rasgos de las firmas comenzaban á animarse, se enroscaban, se mordían entre sí: eran una madeja de víboras.

¡Tuve un gesto de asco! El vejete prorrumpió en una gran carcajada; alzó sobre su cabeza el libro, y gritó, como en la ópera de Rigo-Boito: ¡Ecco il mondo!

—¡Este mundo se lo lleva el demonio!

—Sí, me lo habré de llevar un día ú otro. Te advierto que yo no doy por vuestro mundo un cuerno; y no ya de estos de oro que me pone mi mujer los días de fiesta, pero ni siquiera de los otros de á diario... Ya viste cuán pocas almas hay; de cada diez pecadores que vienen á mis manos, apenas saco dos adarques de alma. Creo que al fin dejaré mi industria á los chicos.

—¿Quiénes son tus hijos?

—¡Oh! ¡Vosotros, querido! Aquí abajo tengo algunas crías. Ahí—señaló hacia Versalles—había muchos.

—Sí, he reconocido tu rictus en algún semblante.

—¡Oh! ¡Todo hombre tiene algo mío! ¡Pero degeneráis también! No hay ya grandes pecadores.

—Tú dices que hoy es más pecador el hombre. ¡Esta tarde he visto á los grandes pecadores de la gran guerra!

—No seas pedante, muchacho. Los grandes pecados no son obra de nadie; donde hay mayor culpa, no hay culpable. En el acto á que has asistido, sólo había odios seniles, testarudez de viejos, prejuicios de raza... ¡Tonterías! Te juro que no hallé una mala persona; sólo malas personalidades. Todos creen obrar bien: dignifican sus odios, y los nombran razón de Estado, patriotismo... Y así se consume una iniquidad.

—¡Pero alguien ciega el espíritu y el corazón de los hombres!

—El demonio peor. ¡Quién me hará abdicar!

—¿Quién?

—La diabla, la diabla. ¡El feminismo se impone!

Iba á preguntarle quién es ella, pero escuchándole no me había dado cuenta de que pasábamos sobre el mar. *Mefisto* era ahora como un ave negra, que volaba hacia la luna.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

—Te llevo yo; no temas.

—¿Al infierno?...

Sentía curiosidad por conocerlo, y mi buhonero de saco al hombro me resultaba un cicerone más humano, menos finchado que el hierático guía de Alighieri. Sin embargo...

—¿No me sigues?

No quise parecer cobarde, y dije:

—Sí.

Pero él protestó:

—¡Ah, hipócrita! En tu corazón has invocado á Cristo.

Y era verdad: soy cristiano. Bien parece jugar un poco con el diablo, pero diciendo á tiempo: *Vade retro*.

ooo

Marchábamos por una costa escarpada y negra. Lejos aparecía, como una aurora roja, un halo de fuego; creí sentir en el rostro una vaharada cálida.

—¿Es allí tu reino?

—No... Es decir, sí. Aquello es un infierno, como toda metrópoli; pero mi casa es menos aparente.

Saltaba, dando manotadas en el aire. Pensé que cazaba moscas, pero cazaba almas; espíritus condenados, que volaban hacia la sombra con alillas de escarabajo.

—He aquí el alma de un acaparador.

Lo que yo veía en la palma de su mano era una bolita de estiércol.

—¡Comercié con la miseria, y tuvo el monopolio del hambre!...

Con una mueca, la arrojó á un muladar.

Estábamos ya cerca de la ciudad. Era una

gran urbe, que se envolvía en gasas negras. En un barrio, mal oliente y sucio como una sentina, ante un viejo caserón, *Mefisto* se detuvo.

—Aquí es.

—¿El infierno?

Sufrió una decepción; no era esta la entrada que vió Dante. En vez del *Per me si va tra la citta dolente...*, hallé un ventanal desvencijado, sostenido por traviesas de cinc, sin cristales.

Chirrió el portalón como una carreta; pude ver dentro el más destartado y vastísimo local. Un instante me creí niño, y allá en mi pueblo (Valencia), en la casona, magnífico palacio de arañas y duendes, donde el honrado Ayuntamiento de mi tierra guarda trastos y oropeles que un día fueron alegría de los ojos y del corazón en las fiestas de luz, carromatos y «rocas» y gigantones; momias de guerreros y santos: todos los símbolos, todas las alegorías, todas las bellas mentiras que viven unas horas, una fecha. ¡Oh, mascaradas brillantes!... Mis sueños de chico volaban hacia mí como una bandada de gorriones, como unos amigos alegres, de quienes no supe en mucho tiempo.

¿Y aquello era el vestíbulo del infierno? Allí, entre otros chirimbolos tomados de orín, y de moho y de polvo, hallé las figuras que la vispera viera en la carretilla de *Mefisto*: la «Democracia», sin narices; la «Justicia», manca del brazo de la balanza; la «Libertad», toda vestida de lodo; cayó en tierra, sin duda huyendo de los bárbaros, y había sido pisoteada por la canalla...

—¿Pasas?—dijo el diablo, y puso la zarpa en mi hombro.

Me eché atrás.

—¡Oh, no!

Mefisto rió.

—No huyas, hombre. ¡Hoy el diablo es un pobre diablo! El demonio, de quien huyes, lo hallarás siempre en tu camino.

—¿Quién dices?

—¡La diabla, la diabla, hijo! *La incomprensión*.

—¡La incomprensión! ¡Bien la conozco! ¡Dios me defienda de la maldita!

Rió otra vez con su risa laya, triste.

¡Me dió asco y miedo su hocio de raposo! Retrocedí.

—¡Nada, hijito!—dijo, inclinando irónico, como cuando ofrecía la pluma—de la incomprensión—á los hombres de Versalles—. Eres libre. Aquí tienes tu casa. ¡*Aurevoir!*

Y me echó la puerta en las narices, como cualquier empresario...

ooo

¡Yo no corría, volaba! ¿Volaba?... Tenía alas, sí. «¡Al fin!»—pensé—. Siempre mi preceptor (descansa en paz, querido santo) me decía cuando yo era niño: «Tú volarás, volarás.»

Sí; Dios se lo pague al diablo. Yo tenía alas... ¡Pero no puedo darme tono, lector! Mis alitas eran membranosas, negras... ¡Unas alitas de murciélago!

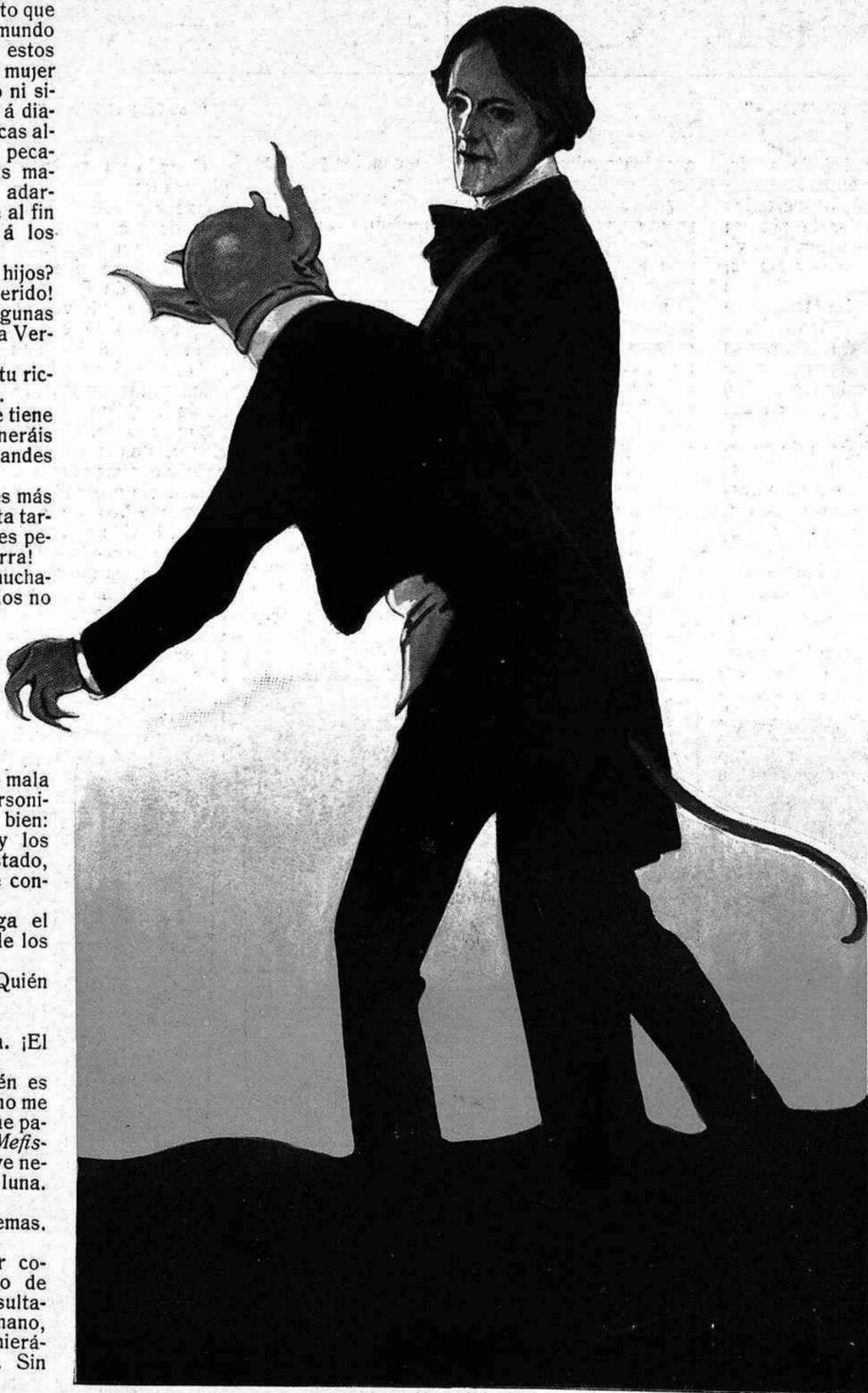
«Por la señal de la santa cruz...»

¡Estoy en mi cuarto! ¿Todo fué sueño?...

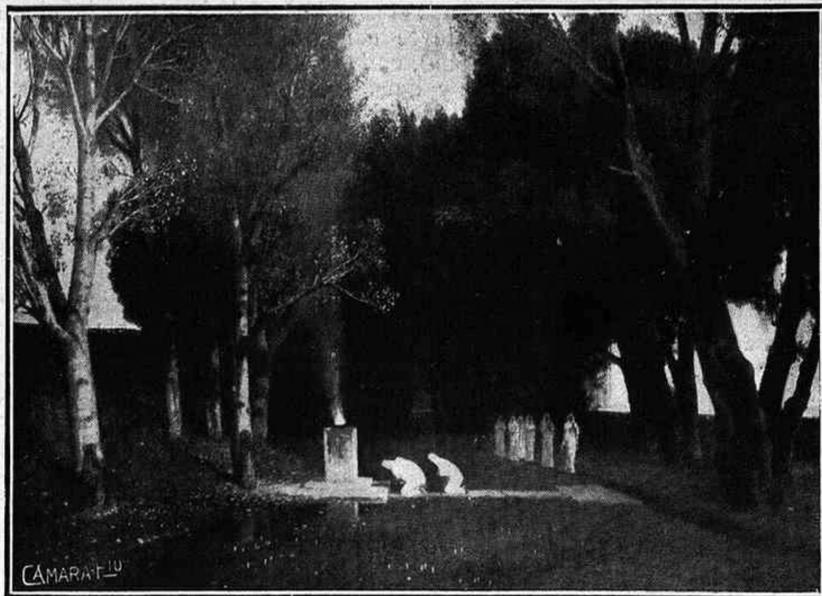
Y bien, lector. ¡Yo te juro sobre la testa cornuda de *Mefisto*, que estuve en Versalles! He visto al diablo; conozco su casa; podría ir allá; iré, iré un día, seguramente. Debe haber por allá mucha gente conocida... Si alguna curiosidad tienes, ven conmigo; puedo llevarte sobre las alas—de murciélago—de mi ingenio. Y, aun en el infierno, nada temas de la incomprensión si tu conciencia es fuerte.

R. MARTÍ ORBERÁ

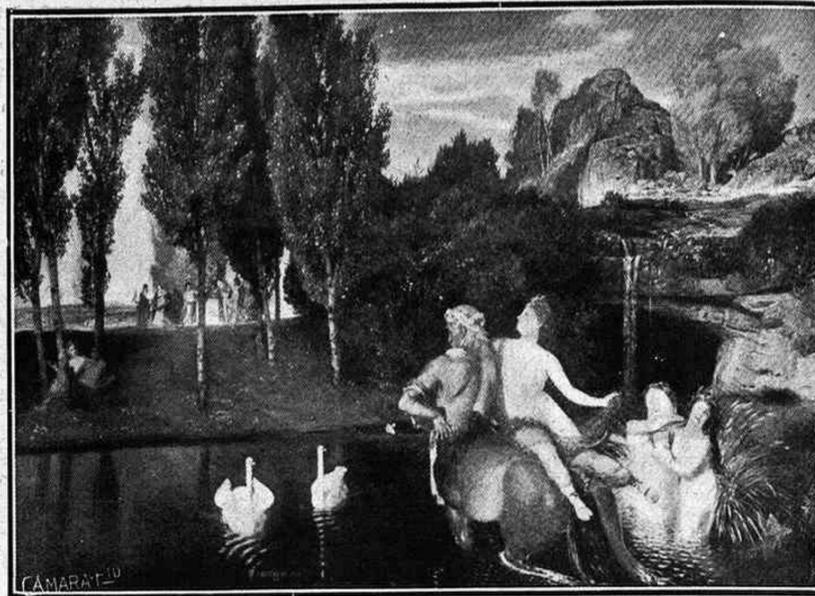
DIBUJOS DE ECHEA



EL EXCEDENTE MITOLOGISMO DE
ARNOLDO BÖCKLIN



“El bosque sagrado”



“Los Campos Eliseos”

CUANDO Arnoldo Böcklin terminó de morir, comenzaba el siglo xx. Era el mes de Enero de 1901, y sus centauros, despertados del sueño milenario, galopaban por la pintura alemana azuzados por Stuck y Klinger. Sus visiones antiguas eran reproducidas por Burck, por Bader, por Trubner. Su misterio latino de las selvas mediterráneas lo evocaba Hans Thoma, en las orillas frondosas del nórdico Rhin.

Y todo ello iba, sin embargo, á relegarse en esos segundos términos que se acusan perdurables, pero ineficaces ya, con la calma museal, ó que se van desvaneciendo poco á poco en una fugacidad de sueño inconsistente.

Böcklin había entrado con el ímpetu de un renovador en la pintura alemana, tan languidecida en su sentimentalismo de la primera mitad del siglo xix. Aquella pintura hogareña ó giróvaga, de idilios campesinos y abstracciones de poeta; de castillos en ruinas ó granjas bullentes; de leyendas medioevales ó de *lieders* dulzones; una pintura que adormecía los sentidos y dotaba á la imaginación de vuelos lentos á lo largo de tradiciones ingenuas.

Fatalmente había de ser Arnoldo Böcklin vencido á su vez por otros ímpetus que desdeñarian al mismo tiempo el viejo misticismo de los *nazarenos*, el minuciosismo anecdótico á lo Meuzel, el romanticismo esencialmente germánico de Richter, de Spitzweg, de Schwind; el realismo seco de Liebermann y Lenbache, é incluso su

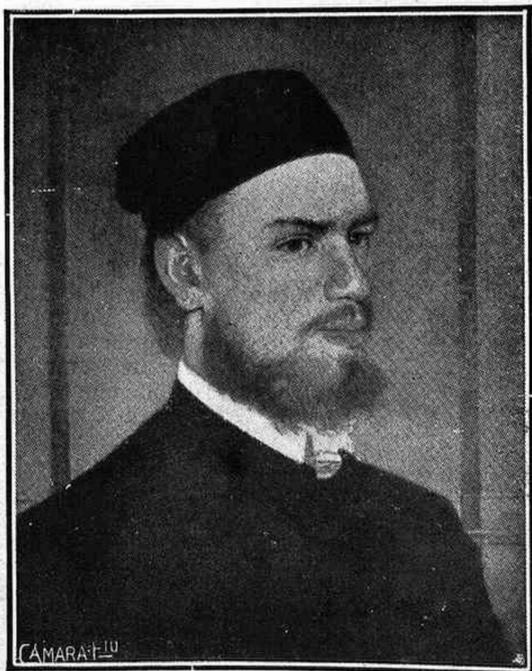
excedente mitologismo nutrido con los paisajes actuales y las teogonias remotas.

¿Pudo darse cuenta Arnoldo Böcklin de la derrota de su romanticismo, saqueado, para mayor incapacidad futura, en robustos principios fundamentales de su vitalidad optimista? ¿Supo él presentir hasta qué punto el Munich novecentista sustituiría todos los conceptos estéticos en una reintegración germánica simultánea de un dinamismo fecundo obtenido en los seres coetáneos, en los espectáculos cotidianos, en los paisajes urbanos que ya no tienen la adustez y el soñador misterio de los lejanos en la distancia ó en el tiempo? Sus faunasas, sus centauresas, sus ninfas y driadas, sus simbolismos femeninos del *Drama*, la *Verdad*, la *Poesía*, la *Primavera*; sus sirenas que se revuelcan en rocas espumosas ó excitan á los tritones en las noches lunares sobre la infinitud marítima, volvían á posar á toda luz y aire libre, desnudas ó vestidas, pero con una concepción puramente moderna que no necesitaba disfrazarlas los cuerpos recios, las manos toscas, los senos abundantes y las actitudes desgarradas...

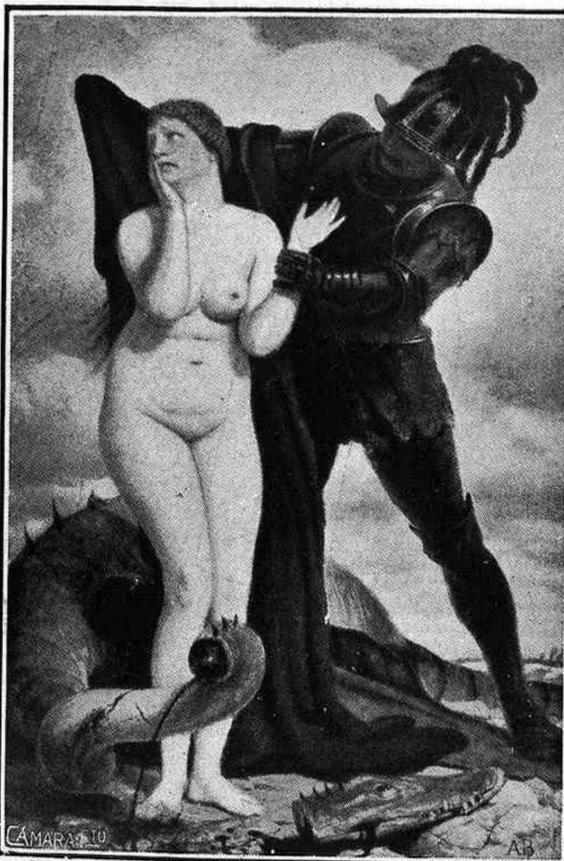
Cuando ya se iniciaba esta evolución en la pintura germánica que tendría para el arcaísmo congestionado y la mascarada mitologista de Böcklin y sus discípulos, ese desdeñoso gesto con que la adolescencia cierra los libros de estampas donde se maravilló su imaginación infantil, libros de estampas que luego la madurez suele abrir y la vejez torna á hojear muchas veces; cuando se cocía el modernismo histórico que tuvo su exégeta en Jorge Fuchs (*El Vestíbulo de la Casa del Poder y de la Belleza*) y su meca en la *Kunstler Kolonia*, de Darmstadt, Arnoldo Böcklin había empezado á morir. Estaba paralítico. Sólo en sus ojos— aquellos ojos claros, donde un crítico imaginaba se podría pescar el alma eterna de la naturaleza como en el misterio profundo de un lago á cuya orilla sucesivos seres de sucesivos siglos se asomaron—, la vida se resistía á la muerte.

En su mansión de San Domenico, cerca de Florencia, ya no podía andar, no podía pintar, no podía hablar, no podía amar. Sólo podía mirar y oír. Miraba los campos de Italia, y oía el violín del esqueleto que hiciera un año muy anterior sonar junto á su oído en su autorretrato famoso.

«Era viejo como el mundo—dice William Ritter, el admirable crítico checo en sus *Estudios de arte extranjero*—. Le bastaba consultar su memoria milenaria para obtener las imágenes del tiempo en que irradian los primeros vagi-



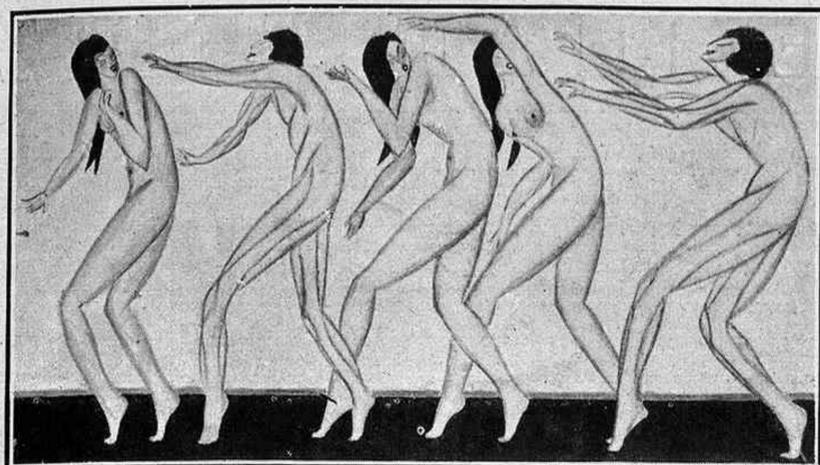
“Retrato de Franz Lenbach”



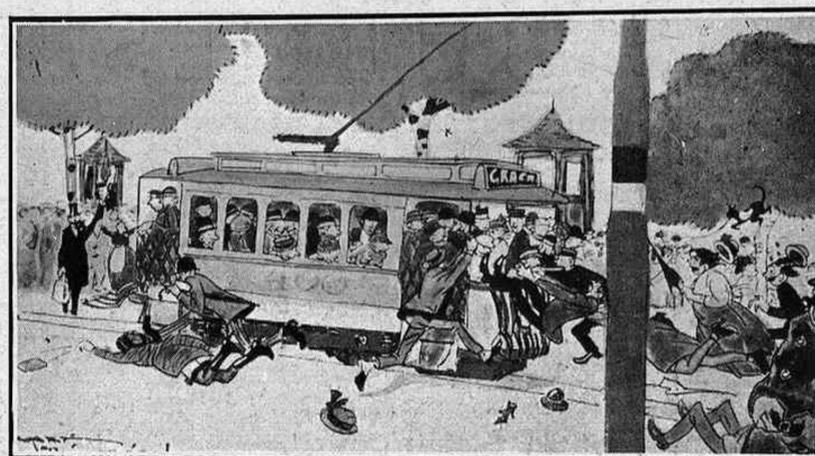
“El libertamiento de Angélica”



“Retrato de la señora Böcklin”



"En pos de la materia", dibujo original de Telles Machado



"¡Gracia!", caricatura original de Stuart Carvalhaes



"Mi modelo", dibujo original de Jorge Barradas



"Mariposas", dibujo de Stuart Carvalhaes



"La tía Anica", dibujo de Bernardo Marqués

estética que no suelen hallar en la crítica española—péndulo que oscila entre la pedantería arrivista y el pancismo rezagado.

Claro es que esa coetaneidad, esa identidad con la crítica portuguesa, era la demostración de una más íntima concatenación entre los dibujantes lusitanos é hispánicos.

Ejercida, generalmente, la crítica portuguesa por jóvenes; destacado por jóvenes el arte de la estampa humorística ó decorativa, era lógico que la juventud consciente de nues-

Ernesto de Canto, Norberto Correa, Almada, Juan María, Balha e Mello, Jorge Barradas, Blatte, Leal da Cámara, Cândido, Castro, Collomo, Cruz, Espanca, Fonseca, Jourdain, Lourerio Marques, Menezes Ferreira, Ramos Ribeiro, Rocha Vieira, Sanches de Castro, Savin, Telles Machado, Xico, Silva y Pacheco.

Casi todos ellos son jóvenes formados al principio en las enseñanzas gráficas del humorismo francés, alemán y español; pero ya muchos tienen una personalidad propia é inconfundible: Barradas, Nunes, Soares, Stuart, Telles Machado.

Sucesivamente iremos comentando la obra de cada uno de estos artistas, como hicimos en otro tiempo con la de Leal da Cámara—ya un «clásico» para estas audaces y legítimas turbulencias de los Barradas, los Soares y los Stuart Carvalhaes—; irá publicando LA ESFERA sus dibujos, como publicó los de Emerico Hartwich Nunes, el presidente del grupo.

Todo ello como una preparación del conocimiento más directo de sus obras en el futuro Salón de Humoristas, de Madrid, al que habrán de concurrir especialmente invitados.

Y sólo entonces consideraremos que se empieza á saldar la deuda de gratitud por la acogida dispensada á los humoristas españoles, y que les otorgamos parte del homenaje de divulgación y elogio que merecen los humoristas portugueses.

SILVIO LAGO

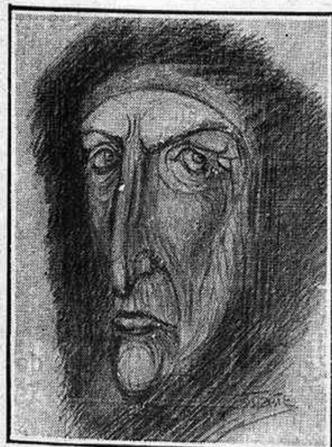
tros artistas coincidiera con esa crítica y ese arte sin previas abdicaciones ni renunciadas.

Así, no nos han sorprendido las críticas de *A Manhã*, *O Seculo*, *A Batalha*, *A Epoca*, *Diario de Noticias*, *A Capital*, *A Patria*, *Ilustração Portuguesa*, etc., donde, además del examen apologetico ó diseccionador de las obras de nuestros dibujantes, se exaltaba una entusiasta devoción á España.

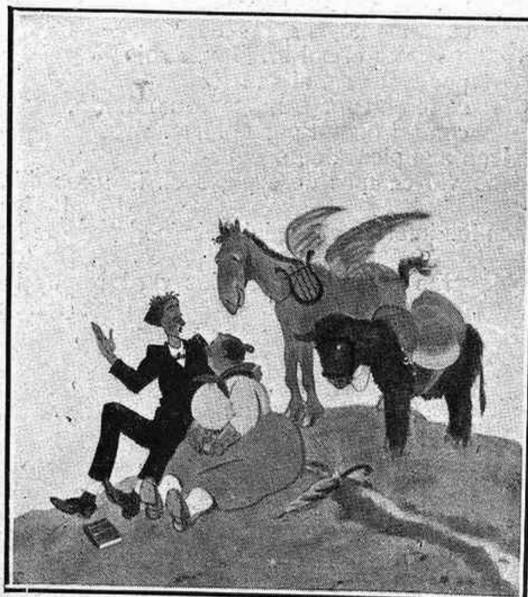
«... *A Espanha*—como ha dicho uno de los más admirables y mejor preparados críticos portugueses, Norberto de Araujo, —*que é, depois de meu pais, o pais mais belo, mais lindo, mais santo de terra inteira!*»

ooo

Cerca de doscientas cincuenta obras constituían el catálogo de la Exposición. A ella han concurrido, además de los españoles ya citados, los portugueses ó extranjeros residentes en Portugal: Armando de Basto, Stuart Carvalhaes, Castañé, Emerico Nunes, Rebelo, Antonio Soares, Ruy Vaz,



"Dante", dibujo original de Castañé

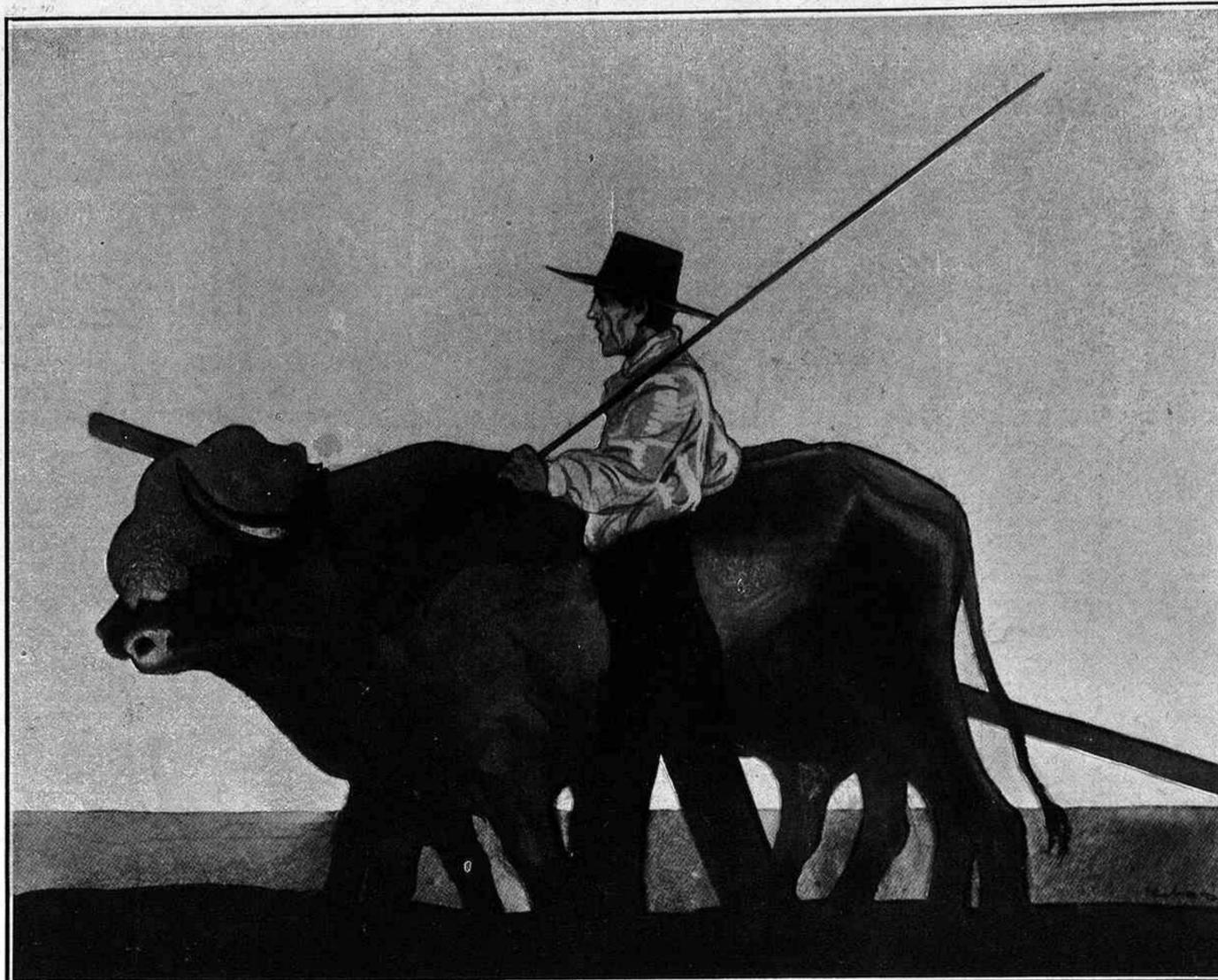


"El poeta y la ninfa", caricatura original de Emerico Nunes



"Alegria", dibujo de Jorge Barradas

LOS BUEYES DE JUAN FELIZ



Juan Feliz tiene unas tierras, heredad que él mismo labra con su fiel yunta de bueyes de ancha cuerna y de piel parda.

Juan Feliz, cuando despunta la luz tímida del alba, unce al yugo de un arado sus dos bueyes, y en la calma de los campos, aún dormidos, se encamina á la labranza.

Alto el sol, junto á su yunta Juan se sienta, y luego saca pan obscuro y queso blanco de un zurrón de piel de cabra, queso blanco y pan obscuro que Juan come, mientras cantan las alegres totovías por la paz de la besana.

Juan, después de haber yantado, vuelve, terco, á la labranza, sin sentir cómo la sombra de los árboles se alarga y en el fondo de la alberca —verde estanque de hondas aguas— tiembla, pálido, el reflejo de una estrella solitaria.

Y otra vez por la campiña, muerta ya—la noche baja de las cumbres—, Juan retorna lentamente hacia su casa, donde habrá, cuando Juan llegue, frugal cena y limpia cama.

Juan Feliz unce sus bueyes, y, en el hombro la aguijada, á través de la campiña, que aun enturbian grises [nieblas, paso á paso, con su yunta, se encamina á la labranza.]

Juan Feliz hoy va cantando por la senda, porque un sueño que ha tenido, todo lleno de [ante sus bueyes, le ha anunciado que en estío las espigas serán [esperanzas, y, en los árboles, los frutos doblarán las verdes [muchas ramas.]

Juan Feliz, apenas pisa la amplitud, que el sol ya alegra, de la plácida [besana,

pónese tras de su yunta—¡Sus, *Lucero!* ¡Ah, *Pe-rezoso!*—, que comienza á hilar los surcos, como siempre, [triste y mansa.

Ni una nube.

Sopla el viento, sin rumor, en la mañana, que va, lírica, vistiéndose con el oro de los cielos, no más claro que aquel otro de los álamos del río cuyas hojas van cayendo, silenciosas, sobre el [agua.

Alto el sol, junto á su yunta Juan se sienta, y luego saca pan obscuro y queso blanco de un zurrón de piel de cabra, queso blanco y pan obscuro que Juan come, mientras cantan las alegres totovías por la paz de la besana.

Mas ¿qué tiene Juan que aún sigue sobre el surco, al sol de cara, mientras rumian sus dos bueyes, de pupilas siempre extáticas, y en el río, silenciosas, caen las hojas abrasadas?

Nunca el sol brilló más rojo por Octubre, ni su llama se le entró á Juan, como un dardo, con tal fuerza por el alma.

Juan aun piensa en aquel sueño donde vió campos de espigas en llanuras dilatadas, y, en los huertos encendidos, bajo el peso de los [frutos, doblarse como un arco los verdores de las [ramas.]

Juan aun piensa en aquel sueño, y al calor de aquella llama que, de un golpe, se le ha entrado de improviso por el alma, mientras rumian sus dos bueyes, de pupilas siempre extáticas, va quedándose dormido sobre el surco, al sol de cara.

Y Juan sueña.

De un extraño sortilegio á la voz mágica, de los dos robustos bueyes cuya piel tiene los tonos de la tierra que Juan labra, de las dos humildes testas, de las cuatro firmes astas,

cuatro encinas prodigiosas, como cuatro árboles bíblicos trasplantados de [una arcadia,

surgen, crecen, y, ya cerca de los cielos, tienden, plácidas, sobre el ámbito del mundo, los doseles rumorosos y tupidos de sus ramas.

Y Juan sueña.

De otro extraño sortilegio á la voz mágica, bajo el palio de esos árboles que brotaron, milagrosos, de los dos robustos [bueyes

cuya piel tiene los tonos de la tierra que Juan labra, unos hombres, todo músculo, redimidos por sus ansias de trabajo y por sus sueños, conseguidos, de esperanza, libran, fáciles, sus brazos y su cuello de las trabas que teníanles sujetos, como esclavos, á la tierra que ellos mismos, generosos, con su sangre, fe- [cundaban.

Y Juan sueña.

Desde Oriente, una luz, que es de oro y grana, tornasola, ya hecha lumbre, los ramajes frondos- [sísimos que surgieron, á un conjuro, de las cuatro firmes [astas.]

Juan despierta.

Ya los árboles dan su sombra prolongada, y en el fondo de la alberca —verde estanque de hondas aguas— tiembla, pálido, el reflejo de una estrella solitaria.

Y otra vez por la campiña, muerta ya—la noche baja de las cumbres—, Juan retorna lentamente hacia su casa, donde habrá, cuando Juan llegue, frugal cena y limpia cama.

Melancólicos le siguen, paso á paso, sus dos [bueyes

de ancha cuerna y de piel parda. Los dos bueyes melancólicos de pupilas siempre extáticas.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ECHEA

EL ALMA DE MIMÍ

RODOLFO ha vuelto á encontrar á Mimí, hace unos días, en plena calle de Alcalá. Esta Mimí, que tiene sobre la de Murger la ventaja de escribir sin faltas de ortografía, es, como aquella, una mujercita linda, frívola, coqueta y sentimental. Ahora Mimí no usa trajes de india-roja, ni bandas escocesas, ni botitas de cuero corinto, ni cofias de algodón, ni sombreritos de diez pesetas.

Mimí es ya toda una gran burguesa, que se ha casado con un opulento banquero bilbaíno, uno de esos hombres emprendedores de la tierra norteña, sobre los que durante la guerra el *sirimirí* ha caído portando en cada gota una moneda de oro...

Mimí gasta ahora en unos zapatos el dinero con que antes vivía un trimestre; tiene automóvil y jaquitas de polo, y, olvidando la antigua contradanza, cultiva el *fox-trot* y los acrobáticos bailes de Yanquilandia...

Rodolfo no escribe ya versos. Se ha hecho abogado y es yerno y pasante de un político famoso; en las primeras elecciones será diputado, y luego... ¿quién sabe?, director general, subsecretario, tal vez ministro...

Los antiguos novios, después de saludarse, toman asiento en la terraza de un modernísimo *bar* elegante. Se acerca el camarero. Mimí pide un *cok-tail*. Rodolfo demanda zarzaparrilla con leche.

Mimí. (*Asombrada.*)— ¿Ya no bebes ajenjo?

RODOLFO.—No, estoy á régimen.

Mimí.—¿Padeces del estómago?

RODOLFO.—Un poco. Pero lo que más me daña es la artritis... No me deja vivir...

Callan los dos. Rodolfo bebe zarzaparrilla.

Mimí succiona su *cok-tail* por una pajita.

RODOLFO. (*Mirándola fijamente.*)— ¿Cuánto has cambiado, Mimí!

Mimí. (*Como disculpándose, un poco avergonzada.*)—Sí, tienes razón. He cambiado mucho... Pero la vida...

RODOLFO.—No hubiera creído nunca que la vida hubiera podido cambiarte tanto, hasta transformar tu rostro... Sí; has cambiado de cara, de mirada. Antes tu mirada era negra y errante y viva como una golondrina. Ahora, miras de otro modo, con una expresión de persona seria, desencantada... Hasta el timbre de voz ha cambiado. Ya no ríes como antes, tan alegre como un pájaro loco. En media hora que llevamos juntos, no te he oído reír ni una vez. ¡Cómo la vida te ha transformado! Me has contado tu historia de seis años, pero no la de tu alma. ¿Qué se hicieron todos tus sueños de amor, de arte, de aventura? La jaula de oro ha hecho que se desplumaran tus alas, Mimí...

Mimí permanece seria, callada, asintiendo con el mirar á las palabras de él. Todo el pasado delicioso gravita sobre el alma de Mimí con dulce pesadumbre.

RODOLFO. (*Con voz emocionada, embriagándose con sus propias palabras.*)—Mimí romántica,

alegre compañera de las horas azules, ¿qué hiciste del divino tesoro infantil de tu risa? ¿Qué de tu loca charla inquieta, eterna forjadora de quimeras? Como una mariposa, prensada entre las hojas del libro de Caja de tu marido, aquella alma tuya ha muerto, Mimí. Ahora eres una linda burguesa, una damita honorable que preside Asociaciones piadosas, y piensa en la vejez y lee á Ricardo León... ¿Qué diferencia de entonces! ¿Te acuerdas?...

Se hizo una pausa larga; uno de esos silencios

de aquellas repentinas inspiraciones suyas, tan características, propuso:

Mimí.—Rodolfo, ¿quieres que recordemos todo aquello tan feliz? Llévame á almorzar contigo...

RODOLFO.—Pero ¿tú no tienes nada que hacer?

Mimí.—Sí. En el hotel me espera mi suegra. Tengo también una conferencia con mi marido, que me llamará desde Bilbao; pero... ¿qué importa? Yo quiero ir contigo; me llevarás á uno

de aquellos merenderos donde íbamos algunos domingos... Y comemos caracoles, ¿verdad? No los he vuelto á probar desde entonces...

RODOLFO.—Pero, mujer... ¿estás loca! Vas á dejar que te esperen... No, no... Además, yo no puedo. Tengo que ir al Juzgado antes de que terminen las horas de oficina... Luego, á las tres, he de ir al bufete, á la consulta...

Mimí.—¿Déjalo, tonto! Mañana irás. ¿Qué más da?

RODOLFO.—No, ¡imposible!... ¡Bueno fuera!

Ella queda suspensa, pensativa, un instante. Luego:

Mimí.—¿Cómo eres,

Rodolfo, y cómo sois todos los hombres! Hace un momento me reprochabas que había cambiado de alma, y ya ves que ha bastado el recuerdo de la felicidad para que yo volviera á ser quien fui, dispuesta á todo por un minuto de ilusión...; que, á pesar de todas las cosas de la vida, no soy yo, no somos nosotras las que cambiamos, sino ustedes... En ti ya pueden más tus negocios, tu bufete, tu seriedad. ¿Por qué me reprochas el haber cambiado, cuando tanto te transformaste tú? En un momento he estado á punto de olvidarlo todo, porque despertaste en mí una vida que creía enterrada para siempre... ¿Qué egoísta eres! Te agradezco, sin embargo, la lección. Y te juro que la aprenderé, para no intentar nunca volver á lo pasado; lo poco que de la mujer de entonces quedaba en mí, tú lo resucitaste y tú lo acabas de matar para siempre...

RODOLFO.—¿No, Mimí! ¿Vámonos ahora adonde quieras! ¡Para siempre!...

Mimí. (*Levantándose, dispuesta á marchar.*)—

No, Rodolfo... ¡Bueno fuera!... Ve al Juzgado, á

tu bufete... ¿Qué dirían tus clientes si faltaras!...

Y Mimí volvió la espalda y se marchó, riendo con alegre risa fresca y musical...

Rodolfo la escuchó estremecido; la risa de Mimí había vuelto á sonar en sus oídos; era la misma risa loca y bendita de los días buenos...

Y Rodolfo se vió triste, mezquino y vulgar. Era su alma cobarde, su alma hipócrita y egoísta de hombre que se sentía empequeñecido por el alma invariable de Mimí, que era el alma eterna de la mujer, lírica, aventurera y sentimental...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

DIBUJO DE EUSEBIO F. ARDAVÍN



EUSEBIO F. ARDAVÍN
-XX-

que pesan en el alma, y durante los cuales, mientras los labios callan, surge en la conciencia, con todo su vigor y su fragancia, el fantasma del recuerdo.

Rodolfo le hablaba del pasado, evocando sus largos paseos sentimentales á través de las calles silenciosas llenas de luna y de misterio; las horas azules llenas de risas y optimismos; los días crueles de privación y de tristeza; los momentos exaltados y febriles en que sus juvenudes, ebrias de pasión, rimaban las estrofas del divino amor humano...

De repente, Mimí, que escuchaba emocionada y pálida, miró intensamente á Rodolfo, y en una

que pesan en el alma, y durante los cuales, mientras los labios callan, surge en la conciencia, con todo su vigor y su fragancia, el fantasma del recuerdo.

Rodolfo le hablaba del pasado, evocando sus largos paseos sentimentales á través de las calles silenciosas llenas de luna y de misterio; las horas azules llenas de risas y optimismos; los días crueles de privación y de tristeza; los momentos exaltados y febriles en que sus juvenudes, ebrias de pasión, rimaban las estrofas del divino amor humano...

De repente, Mimí, que escuchaba emocionada y pálida, miró intensamente á Rodolfo, y en una

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

DIBUJO DE EUSEBIO F. ARDAVÍN

CUENTOS ESPAÑOLES

PRUEBAS CRUELES

Al declinar el sol una tarde fresca y nublada, triste, como todas las del otoño madrileño, bajaban por la calle de Atocha, hacia la estación del Mediodía, como antes habían recorrido desde la del Mesón de Paredes, la plaza del Progreso y la calle de la Magdalena, dos seres vulgares, según todas sus apariencias, que por nada extraordinario atrae la atención de la inmensa colmena, más abundante en zánganos que en útiles abejas, que vaga constantemente por la corte, un joven como de veintiséis años y, tras él, un mozo de cordel que lleva ágilmente una maleta.

Marchaban á prisa, como quienes cumplen un deber apremiante que no permite duda; y á no ser por algunas lágrimas indiscretas que avergonzaban la varonil fisonomía del viajero, los pocos conocidos que se cruzaron en el camino apenas si hubiesen dedicado una mirada de curiosidad al joven que se disponía á abandonar—la suerte quiso que por breve tiempo—no sólo Madrid, sino con él ilusiones, esperanzas, sueños de gloria y de fortuna, un porvenir de laurel, fundado en un pretérito de trabajo, y aún más que todo eso, el amor de una mujer que se había enseñoreado de su espíritu.

No es cosa corriente ver llorar en medio de la calle á un hombre joven, robusto y no mal arreglado; y por la irresistible simpatía que inspira la desgracia, y por curiosidad también de penetrar en los secretos estímulos del corazón humano, los desconocidos fijaban su atención en aquella pareja extravagante que, á buen paso, descendía desde la plaza de Antón Martín, queriendo descifrar el misterio de un viaje ignorado hasta de los más próximos parientes de nuestro protagonista.

—Desgracias de familia — decían algunos, interpretando así el obscuro color de la ropa que el joven vestía.

—Calaveradas de la juventud — murmuraban pretenciosamente los maliciosos.

—¡Cosas del querer!—exclamó con resolución una moza del pueblo, á quien á la vista del contristado semblante del viajero se le revolvió, aún más que en la cabeza, en el pecho, un mundo de risas y lágrimas.

Como á un calenturiento el contacto de un objeto frío, tal fué la sensación de consuelo que derramó en el alma del expedicionario la última de las frases transcritas, á la que, aunque sin detener el paso, correspondió enderezando el busto y volviendo ligeramente el rostro hacia la moza, con una mirada de gratitud, que el más torpe psicólogo pudo traducir: «Me has comprendido.»

Y así, camina que camina, recorrida ya aquella calle de la amargura, dieron en la estación mozo y viajero, aguardando éste con visible impaciencia el último adiós de la mujer amada.

No se hizo esperar ella. Media hora antes de anunciar el correo de Barcelona su salida, repetían con creciente emoción el interrogatorio obligado en casos tales:

—¿Me olvidarás?

—¡Jamás, bien mío!

—¿Me querrás como siempre?

—¡Te lo juro!

—¿Habrás alguien capaz de sustituirme?

—¡Imposible!

La obscuridad del andén y la indiferencia de las gentes próximas, distraídas en el cuidado de su propio egoísmo, protegían las expansiones cariñosas de los amantes; pero como no hay copo sin fondo, aquel postrer instante de felicidad tuvo su término con el «¡viajeros al tren!», y el precipitado cerrar las portezuelas, con que los empleados de la estación evitan previsivamente más de una desgracia.

Con la intención se cruzaron ininidad de besos y abrazos, mientras el tren comenzó lentamente, como gigante perezoso, á deslizarse por los rieles; y el pañuelo sacudido desde el muelle y la mano agitada nerviosamente desde la ventanilla del vagón, fueron achicándose poco á poco y debilitando la corriente magnética entre ellos establecida, hasta hacerse, por fin, el uno de la otra indiferentes.

Quizá, y sin quizá, los espíritus continuaban ligados por el sentimiento; pero la materia, es-

clava de las leyes físicas que regulan sus acciones, perdió el coeficiente de atracción que la mantuviera equidistante, y ocurrió... Pero, ¿qué destripar el cuento?

ooo

Sucedió, por lo pronto, que por todo Madrid se difundió, como en reguero de pólvora la llama, con igual rapidez y estrépito, la noticia de la marcha de Alfonso á Barcelona. Y como su amor á Luisa era público que constituía por entonces la única preocupación de su cerebro y el solo estímulo de su corazón, nadie dudó que un contratiempo en negocio tan grave había determinado la fuga inesperada, y la mujer—¡cosas del mundo!—fué la moda del acoso de los tenorios profesionales durante una muy larga temporada; y para el hombre quedó de repertorio en las tertulias la frase «¡pobre Alfonso!», pronunciada desdeñosamente por los *snoobs*, por los incapaces de corazón, y noble, sentida, generosamente, por los plebeyos, por el pueblo, último baluarte del romanticismo.

ooo

Quienes conozcan, siquiera de referencia, Barcelona, sabrán que aquella gran ciudad tiene sobre Madrid, y casi sobre todo el resto de España, dos imponderables ventajas para quien á ella arriba con menos dinero que resolución de hacerse un porvenir por el trabajo; es la primera, que en oficio ni profesión alguna son necesarias, para ser admitido á su ejercicio, las recomendaciones; y es de no menos importancia la segunda: que cualquiera sea la clase social del inmigrante, aunque ella le obligue á disimular todo lo posible su indigencia, hallará decoroso pupilaje al más ínfimo precio, disponiendo de crédito si su absoluta inopia lo exige, aun en las fondas y casas de huéspedes más baratas, durante la primera semana.

Instruido en tales facilidades, nuestro héroe entró en la capital catalana con un ejemplar de *El Diluvio*, convenientemente anotado: «Calle del Hospital, número tantos, tal piso: habitación, dos comidas y desayuno, seis reales.» «Calle de San Pablo, número tantos, tal piso: cama y dos comidas al día, cinco reales», etcétera, etc.; porque *El Diluvio* es el *Bædeker* de todos los desahuciados de la fortuna que arriban á Barcelona en demanda de ocupación ó para bucear á la ventura en el cenagoso subsuelo de aquella sociedad cosmopolita.

«Calle de San Pablo, número tantos, tal piso: cama y dos comidas diarias, cinco reales.» No era para sentir vacilaciones; porque nuestro hombre atravesaba, ramblas arriba, el eje comercial de la gran urbe, caballero en un disco de cinco pesetas, que era fuerza aplicar con la más escrupulosa economía hasta emular, si posible fuera, el milagro de los panes y los peces. ¡Un duro! La vida asegurada durante cuatro días pagados, y siete á crédito, once.

Descendió del tranvía Alfonso, frente al Liceo, llevando de la diestra un maletín de cartón que constituía todo su equipaje, y doblando la esquina del gran teatro, avanzó rápidamente por la calle de San Pablo, que de algunos años antes le era conocida. Al llegar bajo el número que *El Diluvio* indicaba, subió la angosta escalera de piedra hasta el piso que el anuncio decía, y tras brevísima charla con la patrona catalana, á quien ninguna curiosidad inspiró el nombre, ni la profesión, ni los propósitos del recién llegado, posesionóse de un catre con austero jergón y de una silla de madera curvada que, encuadrados en obscuro y estrecho recinto, formaban todo su regalo.

—Por si vienen mal dadas—exclamó Alfonso despojándose, no sin gran pena, de su único capital—ahí va ese duro, *mastresa*.

—*Molt bé*—replicó ella—; aunque no era preciso, porque yo cobro los sábados y estamos hoy en miércoles; pero *aixó* me da *ideya* de que puedo hacer en usted confianza, puesto que hace bondad desde el primer día. Para lavarse—terminó—vaya á la cocina; detrás de la puerta—indicándole la de la alcoba, en cuyo dintel conversaban—está la toalla, que sólo usó dos días el otro huésped.

Aseóse Alfonso, sacando previamente de la maleta un trozo de jabón, un frasco de agua de



colonia y un peine y cepillo de la cabeza que, para conservar sus buenas costumbres de siempre, en toda ocasión le acompañaban; limpió cuidadosamente la ropa que llevaba puesta, cambió el cuello y los puños de la camisa, vistióse con cierta coquetería, y se lanzó á la calle, ya iniciada la noche, en busca de antiguos amigos y camaradas que orientasen con su mayor experiencia las gestiones que para el día siguiente proyectaba, en perseguido de ocupación á su inteligencia ó á sus brazos.

Varios años de permanencia en una agencia periodística de Madrid, donde, por diez y seis horas diarias de trabajo, ganaba quince duros mensuales, le daban derecho á confiar en su resistencia y laboriosidad, y no le permitían tener repugnancia á cualquier otra labor menos intelectual y reposada.

En el *Liön d'Or*, tomando la *absenta*, encontró á varios redactores de la Prensa local que, tras efusivos abrazos, le brindaron, á partir de aquella misma noche, cuanto deseaba: artículos políticos, á siete cincuenta, en tal periódico; cuentos y otros trabajos literarios, desde diez á veinte pesetas, en tal y tal otra revista ilustrada; traducciones de Ponson du Terrail—léxico fácil—á quince duros cada trescientas páginas.

¡Qué más podía apetecer el advenedizo, todo ello en la digestión laboriosa de un filete de solomillo, seccionado á su vista de enorme trozo asado y escandalizando á la concurrencia el toque de campana con que, al despedir el encargado del mostrador al camarero, le pareció á Alfonso que advertía al público: —¡Ahí va eso para un sibarita que, por esta noche, gracias á la esplendidez de sus amigos, cambia *munchetas* y *mondonguilles* patroniles por una alimentación verdadera!

Ocioso es consignar que desde el siguiente día Alfonso, convertido por obra de la necesidad en polígrafo de producción forzada, pasaba sobre los pupitres del viejo Ateneo barcelonés, entonces instalado sobre el *Liön d'Or*, en la misma finca del teatro Principal, poco menos de las veinticuatro horas. Y como único recreo, todas las noches al *Liön d'Or*, desde las nueve á las doce, á una heterogénea tertulia de excépticos y de inadaptados, de Quijotes, de Sanchos y hasta de algunos Rucios, para reír, con los compañeros de oficio, los disparates, omisiones y no

pocas enfermedades con que cada cual salía del paso en las obras que traducían a destajo, y los agobios y privaciones de las miserables semanas.

ooo

Así transcurrieron muchas semanas, algunos meses, casi un año; ella en Madrid, solicitada por los profesionales de la seducción con todo el empeño del amor propio, y él en Barcelona, encaneciendo prematuramente del desengaño experimentado con la lectura de una carta, de la cual es fama que apenas le separó el corazón, durante el resto de su vida, la piel y algunos tejidos que se obstinan en ocultar lo mejor del hombre.

A poco de instalado en la capital catalana Alfonso, recibió la siguiente epístola de su amada:

«Apreciable Alfonso:

«Júzgame como quieras, llámame lo que gustes, no se me oculta que mi proceder es criminal, y digno, por lo tanto, de la severidad de tu criterio justiciero. Tan mal lo estimo yo misma, que ni confío en la generosidad de tu corazón, fácil al perdón de todo agravio, ni siquiera, ¡ya ves!, en la inmensidad de tu amor, familiarizado con el martirio.

«Viene este extravagante preámbulo á cuento de que, contra todas tus esperanzas, no es de amor esta carta que te escribo, sino de absoluta, definitiva despedida. Será para ti cruel desengaño; pero preciso era que alguna vez lo sufrieses, y elijo este momento, preparado por mí con toda alevosía, para que la distancia te impida volver á mis pies, como otras veces, á romper con tus súplicas y tus lágrimas la inquebrantable decisión de mi egoísmo.

«No me sirves ya, no me eres útil. Te dejo como se prescinde de un vestido anticuado por la moda; como se arrincona un trasto sin posible compostura; como se abandonan las sobras de una golosina que empalaga. El corazón quisiera violentarme la voluntad, porque quieres, sí te quiero; más propiamente dicho, te he querido. Pero es inútil su empeño, estéril su insistencia; cruz y raya.

«Sin olvidar jamás tu apoyo, á partir del cual he subido como pompa de jabón desde el balcón al cielo, de la humildad al lujo y á la fama, cosa que te agradeceré toda mi vida, hoy por hoy, tú mismo, pensando serenamente, reconocerás que en Madrid eres un estorbo para mi fortuna, y lejos, una preocupación fastidiosa, sin probable futuro. ¿A qué seguir viviendo de ilusiones? Ni puedes ni podrás sostenerme como necesito, y así, á los dos conviene romper un lazo que nos perjudica; á ti aún más que á mí, puesto que compromete tu porvenir y resta energía á tus empeños ideales. ¿No es verdad que obro, á falta de corazón, con muchísima cabeza?

«Los tiempos son positivistas; el lujo ha concluido con los últimos restos de trovadores y tenorios sin cartera. Ya el ventero famoso recomendó á Don Quijote proveerse para sus aventuras de bolsa bien repleta, de camisas y doblones, y en nuestra época, sólo como ironía se admite que el amor resista el pan y la cebolla, tan débil alimento.

«Así, es preciso olvidar, borrar nuestro pasado.

«Trabaja, lucha hasta satisfacer las ambiciones de gloria que tantas veces me confiaron aún más tus ojos que los labios, y no pises en mí, y menos con esperanzas imposibles. Si me recuerdas alguna vez, sea como experiencia que corrige, como remordimiento que alecciona. Dadas tus aficiones literarias, ¿quién sabe si algún día te serviré de asunto para una novela que te abra las puertas de la fama? En mi afán de serte útil y pagarte de algún modo lo mucho que te debo, quisiera que así fuese.

«Adiós para siempre...; te iba á decir... lo que otras veces; pero no, adiós para siempre.

»LUISA.»

ooo

Casi no se había aún dado cuenta Alfonso del viaje realizado, distraído

con los preparativos de su soñada, definitiva instalación en la capital catalana, cuando la lectura de la carta anterior vino á herirle gravemente en el corazón, desalentándole para sus planes futuros, segando en flor todas sus ilusiones, sembradas sobre el cariño de aquella mujer, cuyo sólo recuerdo hasta entonces parecía determinar una corriente de energía del cerebro á los músculos todos de su cuerpo, y aún más á los estímulos de su voluntad, poderosa á vencer la pereza, que fué siempre su mayor vicio, y el horror á la ventura que le había retenido en Madrid, por afición también á la vida alegre, despreocupada y familiar, característica de la corte.

De sorpresa en sorpresa, interrumpiéndola frecuentemente para contener la creciente tensión de sus nervios, y como si quisiera cerciorarse, palpándose bien las vestiduras y confrontando el lugar en que se encontraba, de que no sufría una pesadilla enfadosa, concluyó al fin la lectura de aquella esquela fúnebre, tósigo extraño en que la amargura infinita de inspirar conmiseración y desdén al ser querido, atenuábase un tanto con la referencia al cariño pasado y el recuerdo prometidamente eterno del bien agradecido.

Y tras unos instantes de trastorno absoluto, en que su desesperación buscó refugio de consuelo en el espíritu de los padres, prematuramente perdidos, volvió una vez, y dos, y tres, y muchas veces, á leer la epístola conocida, examinándola párrafo por párrafo, escudriñando la intención de cada creación en ellos contenida, queriendo descubrir el sentido, el propósito y el estado de ánimo que la hubiese inspirado.

Todo en vano, porque de momento la reflexión estaba tan ofuscada, que sólo conseguía renovar las torturas de su corazón tantas veces como repasaba la carta. De la excitación turbulenta de la sangre, pugnando por romper las válvulas que la encauzan y dirigen, pasaba rápida-

mente á un sopor parecido al desvanecimiento producido por el cloroformo, en el que la circulación llegaba en su debilidad á los linderos de la muerte; terrible gimnasia del sentimiento, que hubiera acabado con la razón á no rendirle el sueño en una butaca en que se dejó caer sin sentido, despertando á las seis u ocho horas, sin noción siquiera del dolor pasado.

Cuando la patrona le anunció que todos los compañeros de hospedaje le esperaban para cenar, encontró leyendo nuevamente la carta, más tranquilo en apariencia, pero más afectado en realidad, por comprender ya la irrevocable decisión de su adorada; y pretextando algo de calenturilla para esquivar su dolor de ajenas profanaciones, encerróse al poco rato en su cuarto, para seguir inquiriendo el espíritu de aquel documento fatal que le condenaba á eterno celibato.

El quería leer otras cosas que las allí contenidas; lo contrario, á ser posible; cuando no esto, una postdata, unos renglones cruzados que concluyeran por decirle: ¿Has sufrido bastante? pues todo eso es mentira, caprichos de mi histerismo que me aficiona á Torquemada; la verdad es que te amo, que te adoro aún más que nunca; que lejos, la ilusión te me representa más hermoso, más enamorado, y que comienzo á comprender la filosofía de las coplas que tantas veces contaste á mi oído, para ejercitar mi alma en el sentimiento, como decías, excitando su sensibilidad hasta ti dormida:

«Dicen los sabios doctores
que ausencias causan olvido;
eso lo dirán, serrana,
los que nunca hayan querido.»

Verdad, verdad, Alfonso de mi vida—deseaba leer á través del desprecio—; verdad; se ama con la memoria aún más que con los sentidos, y el amor se oye, se respira, se toca, se siente tropezar en las carnes, tanto como en el espíritu, aunque no se vea; y jamás se olvida. Hasta muy pronto, Alfonso mío...

Todo eso quería leer el bueno de Alfonso en lugar de la eterna despedida de su amada; pero la letra refutaba cruelmente las fantasías de su amoroso deseo, diciéndole con toda claridad: «Te dejo; no me sirves ya; no me eres útil». «Te dejo como se prescinde de un vestido anticuado por la moda; como se arrincona un trasto sin posible compostura; como se abandonan las sobras de una golosina que empalaga.» «Cruz y raya.» «En Madrid eres un estorbo para mi fortuna, y lejos, una preocupación fastidiosa sin probable futuro.» «Es preciso olvidar, borrar todo nuestro pasado.» «Adiós para siempre.» ¡Para siempre!, repetía Alfonso enjugando las últimas lágrimas de una emoción que poco á poco acabó por rendirse á la lógica de la reflexión, enemiga irreconciliable de todo lirismo, porque, como siempre, el corazón encontraba en el entendimiento el último refugio del consuelo.

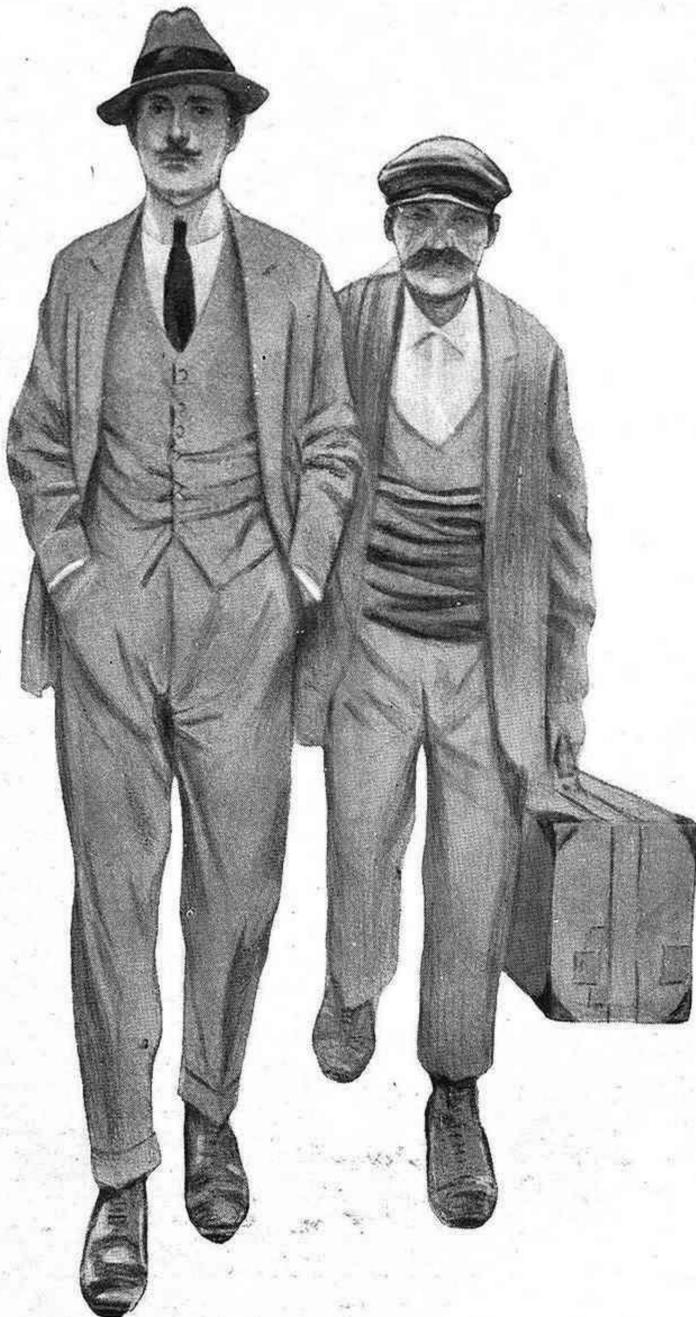
¡Para siempre! Sí, ¡adiós para siempre!, exclamó al fin Alfonso recobrando súbitamente la frialdad de sentimiento y el sentido práctico que otras veces le habían permitido ver claro en materias de amor, sujetas, como toda manifestación de vida, á la odiosa del egoísmo.

Y entonces recordó que quizá él mismo había educado el corazón de Luisa en las pláticas de los primeros meses de sus relaciones, cuando, libre del verdadero amor que luego llegó á adueñarse de su espíritu, la explicaba ese sentimiento como una frivolidad del capricho que dura apenas la frescura de una rosa, y repitió, para convencerse de la naturalidad de la carta, una famosa frase con que muchas veces había terminado sus escépticas reflexiones:

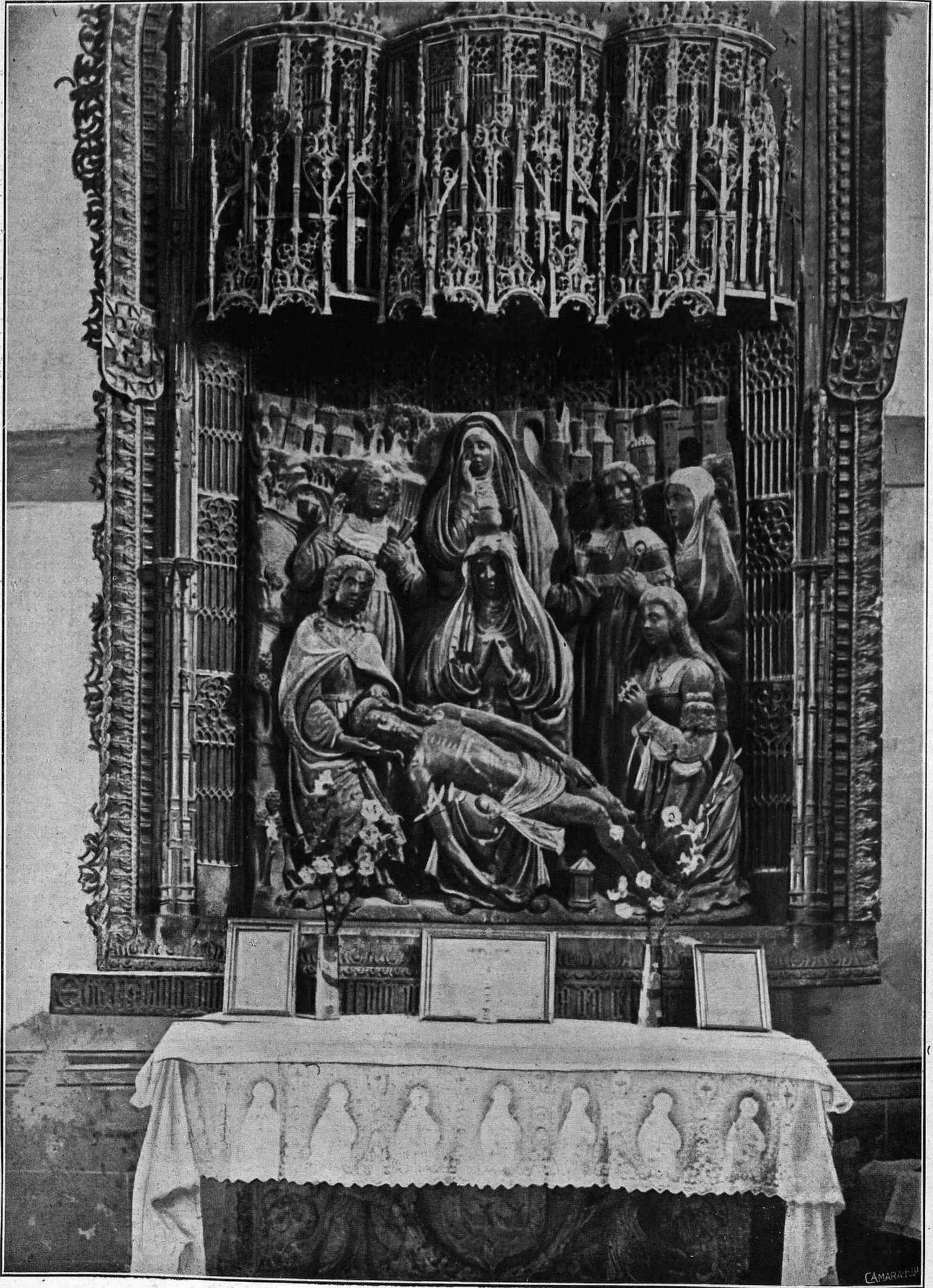
—¡Ah, rica mía, rica mía!; el amor es una piedra preciosa que no brilla sin montura de oro.

A. AGUILERA y ARJONA

DIBUJOS DE ECHEA



ESPAÑA ARTÍSTICA



Retablo de la capilla de las Angustias, en el convento de San Pablo, de Palencia, obra de extraordinario mérito del siglo XVI

FOT. M. SERVET

CAMARAT

LA MODA FEMENINA



Tres elegantes modelos de vestidos para la próxima estación



Lindo modelo de vestiao en muselina plisada



Sugestivo "saut de lit" en gasa "chiffon" y seda "liberty"

LA MUJER EN TODOS LOS TIEMPOS...



DOÑA ISABEL LA CATÓLICA



SANTA TERESA DE JESÚS

NUNCA hice feminismo citando por filósofas a Theano, esposa de Pitágoras; a la famosa hija de Aristipo, cuyo nombre ahora no recuerdo; a Lastenia, discípula de Platón; a Hipatia; a Phaenarete, la augusta madre de Sócrates...; ni por enormes literatas a Corina, Safo, Erina, Telesila ó Femonee, inventora efectiva del verso exámetro.

Creo que «agarrarse» á veinte nombres femeninos notables anteriores á Jesús, y á otros veinte en cada grande etapa, es de una enorme pobreza estadística que nos humilla; porque, entonces, como ahora, por cada Diotima, Arqueanasa, Lagisca ó Terencia, había quinientas *mu- das con talento*.

Pero ahora, que ciertos escritores — que no abrieron la Historia — reconocen valores á la mujer, *á causa* de la gran guerra, es forzoso gritar que esto de servir las mujeres para todo, ya se comprobó desde los remotos tiempos de las Cruzadas, en que á los hombres que partían para Tierra Santa, sucedíanlas sus mujeres, poniéndose como jueces, y aun como regentes de reinos, al frente de todo linaje de negocios privados y públicos.

Los textos afirman que con reconocida superioridad en todo lo concerniente á administración de justicia é investiduras... ¡Allá los textos!

Recientemente, un estimable pensador y lector exquisito, al hablarnos en la Real Academia de Jurisprudencia de Beatriz *La Latina*, sumó á ella los prestigios femeninos que todos respetáis con un lujo galante de concesiones para *La Latina*, quien, á mi juicio, fué superada en talento por algunas en quienes no brilló tan intensa la divina flama de un alma pía que tanto avaloró á doña Beatriz Galindo.

Pero ello es que hacen daño estos Magallanes que descubren hoy las aptitudes femeniles; que hombres tan documentados como el propio Sr. Llanos y Torriglia encasilla fundadamente en los siglos xv y xvi (cuyo bosquejo del solar madrileño hizo de tan deliciosa manera literaria, que sólo este fragmento de su conferencia bastaría á justificar el éxito de una lectura).

Como la Historia nos da oradoras, filósofas, literatas deliciosas, anteriores á Nuestro Señor Jesucristo; como en el siglo xiii tenemos doctora en Derecho civil y canónico á Bitissia Gozzadi-

na, y una médica asiste á Luis XI de Francia, y como en el xiv desempeñan cátedras la Bosignori y otras en Bolonia y Salerno; como han existido Trótula y Alejandra Guigliani, Isabel de Córdova, la Morrell, Oliva Sabuco, Isabel Lora, Luisa Sigea, Ana Manolino, madame Dacier, Olimpia Maratta, Gambará de Bresscia, la Schurman, ¡la incomparable gloria femenina que en el siglo xvii sabía cosas no divulgadas aún!, y como hemos tenido con la Aguesi — tan considerada por el Papa Benedicto XIV —, sabias católicas de la talla de doña Isabel y Teresa de Jesús...; como pasan por el recuerdo princesas y princesas, y las tres Margaritas; y descubridoras de siete cometas (la astrónoma Carolina Hersehell), y en cada rama de las Ciencias y las Artes nos acuden á la memoria docenas, cientos, miles de mujeres excelsas, recusamos el molestísimo listín de las veinte únicas notabilidades de cada etapa universal.

Esos nombres mandos y «refritos» no son los únicos ni los primeros en categorías mentales. Existe una «comodidad» enorme para pasar de eruditos. Es forzoso decir que existieron muchas mujeres *extraordinarias*, y que sólo las dificultades que crean las sayas oscurecieron ó anulaban su labor, que hoy *aún* puede recogerse por esos archivos de Dios...

La mujer de hoy, más audaz — quizá algunas demasiado —, puede darse á conocer más fácilmente; pero á las madres, á las abuelas, debemos enormes enseñanzas que representan actos heroicos contra el fantasma, aún en pie, del ridículo con que se las amenazó y se las amenaza.

¿Que hasta hoy no se sabía á la mujer matemática?

Cornelia Fabri y María Somerville tienen la palabra.

¿Qué ciencia ó arte reconocen los estadistas de troquel más negado á la mujer?

En todos podemos citar á docenas los nombres femeninos, sin acudir á catálogos secretos.

Y para terminar, porque no necesito argumentos, que todos se hacen para reconocer que es injusto asegurar que *hasta hoy la mujer no ha estado facultada para colaborar*, os diré que cuando se hablaba de «saber humanidades», había mujeres más ilustradas que hoy, que se van «haciendo», como la mayor parte de nuestros

eruditos, «de oídas», y no de traducirse verso por verso, para quizá ni publicar, la *Iliada*, ¡por puro placer de espíritu!

Todos sabemos cómo han fertilizado los campos literarios algunas mujeres cumbre; y en cuanto á inventivas prácticas, María Kais en 1809 *debutó* inventando semitelas de paja, cuyo invento deberían hoy de estudiar los tiranos del algodón y de la seda. El telescopio submarino inventado por la Madher, fué, según dicen, de útiles enseñanzas... Siempre, siempre, siempre tuvo la Humanidad mujeres para todo: inventoras, maestras, artistas que valieron como los hombres para saber y para fundar familias creando sucesión, y María Teresa de Austria—quien no fué una idiota—supo pensar y crió diez y seis hijos...

¿A qué insistir en que la mujer no ha sido más útil porque no la han dejado, ó mejor, porque ella quiso y pudo someterse cuando la vaca no costaba tanto y no existía el apremio del inquilinato?

Decir que no servía la mujer por incapacidad, es no saber Historia ó querer cabalgar pezuñándola sistemáticamente.

Yo (como viejuca que voy siendo) abogo por las mujeres de antaño, resignadas, pero tan sabias como cualquier *mujer-epítome* de las que revezan hoy.

Quede sentado, ó quede en pie (que inexplicablemente quiere decir lo mismo), que la mujer que sabe sumar y discurrir, no es un producto nuevo de la gran guerra, como los gases axfiantes.

¡Oh! Si me decidiese á dar una *conferencia-catálogo* de esas sabias que aburren á los ignoros, no cuentan nada nuevo á los versados y ¡no pescan un solo adicto!...

Pero ¿para qué valdría esto? ¡Prefiero ir dándoles «er venenillo» por tomas en artículos, como los reglamentos. Esos mulsados reglamentos que dan ó quitan condiciones... ¡Ja, ja!

¿Y qué quieren decir esos facilitones comentaristas con que la mujer es antimetafísica? ¡Ah, sí! Ya sé.

Quiéren decir una majadería, y la dicen. Por eso no los van á matar...

MARÍA VALERO DE MAZAS

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



EL JARDÍN DE ARMIDA, cuadro de Teniers, que se conserva en el Museo del Prado

ASPECTOS CINEMATOGRAFICOS

SU MAJESTAD LA MODA



IRENE VERNON CASTLE



ELSIE FERGUSON



GLORIA SWANSON

Uno de los más poderosos atractivos que el cinematógrafo tiene para el elemento femenino es el lujo y la elegancia con que se presentan las grandes «estrellas».

Durante mucho tiempo han sido las artistas italianas árbitros de la moda, prototipo del buen gusto. Y hasta lograron eclipsar en este terreno el inherente *cachet* francés. Pina Menichelli, Elena Makowska, Italia Almirante Manzini, Olga Mambelli (Hesperia) y otras muchas actrices de la soñadora Italia, han lanzado modelos de un refinado *chic*, que siempre contribuyó a realzar la esbelta silueta de todas ellas, y fueron seguidos sin vacilación por las elegantes.

¿Qué dama ó damita no piensa, al anunciarse una nueva producción de las mencionadas «estrellas» de la pantalla, en vestidos y tocados suntuosos, en vestidos y tocados *dernier cri*? ¿Y cuál de ellas no asocia inmediatamente al deseo de ver su labor artística, el deseo de sorprender, el deseo de ver «algo» que la oriente y que vaya a realzar el supremo encanto de un nuevo vestido, de un sombrero ó de un abrigo?

Todas, en absoluto, gustan de concurrir á los salones de cinematógrafo, no sólo como *dilettanti* del *film*, sino también, y muy especialmente, por admirar las bellas *toilettes* de las artistas que las interpretan.

Las artistas americanas hacen también hoy ostentación de un exquisito gusto para vertirse. Elsie Ferguson, Norma Talmadge, Paulina Frederick, Geraldina Farrar é Irene Vernon Castle, entre varias más, nos maravillan con sus lujosas galas que representan una verdadera fortuna.

Gloria Swanson, «estrella» norteameri-

cana que aquí oculta su eurítmica figura bajo un tosco traje de pescadora, tiene fama, por tierras de América del Norte y Sur, de ser la artista que mejor viste. El genial dibujante Claire West «crea» todos los modelos de sombreros y prendas de vestir, por íntimas que sean, que la hermosa Gloria luce en escena y en su vida privada. Y todas las *toilettes* que la exquisita actriz presenta son al punto aceptadas y copiadas por las más elegantes y empingorotadas damas de la alta sociedad neoyorquina.

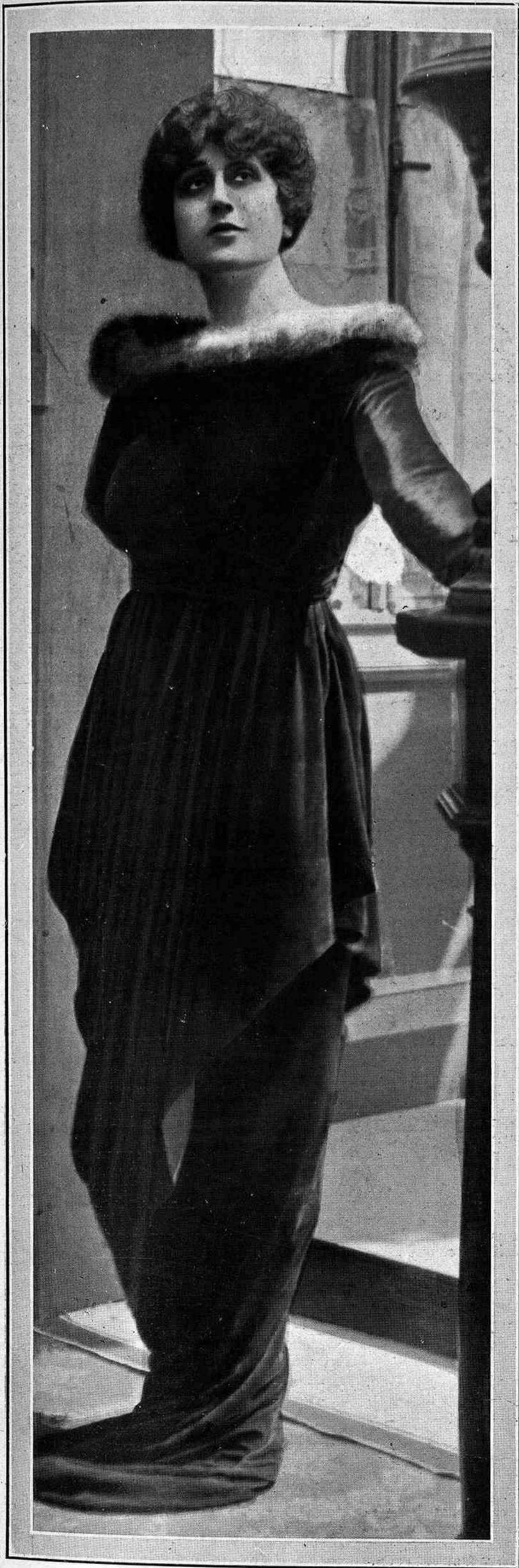
Pero dejemos los «exteriores» y vamos... á prendas más íntimas.

Sin descender á las gentilmente picarescas comedias de Mack-Sennet—¡oh sugestivos y encantadores trajes de baño!—, ¿dónde se vieron jamás más ilusionantes *deshabillés* que en las cintas americanas?

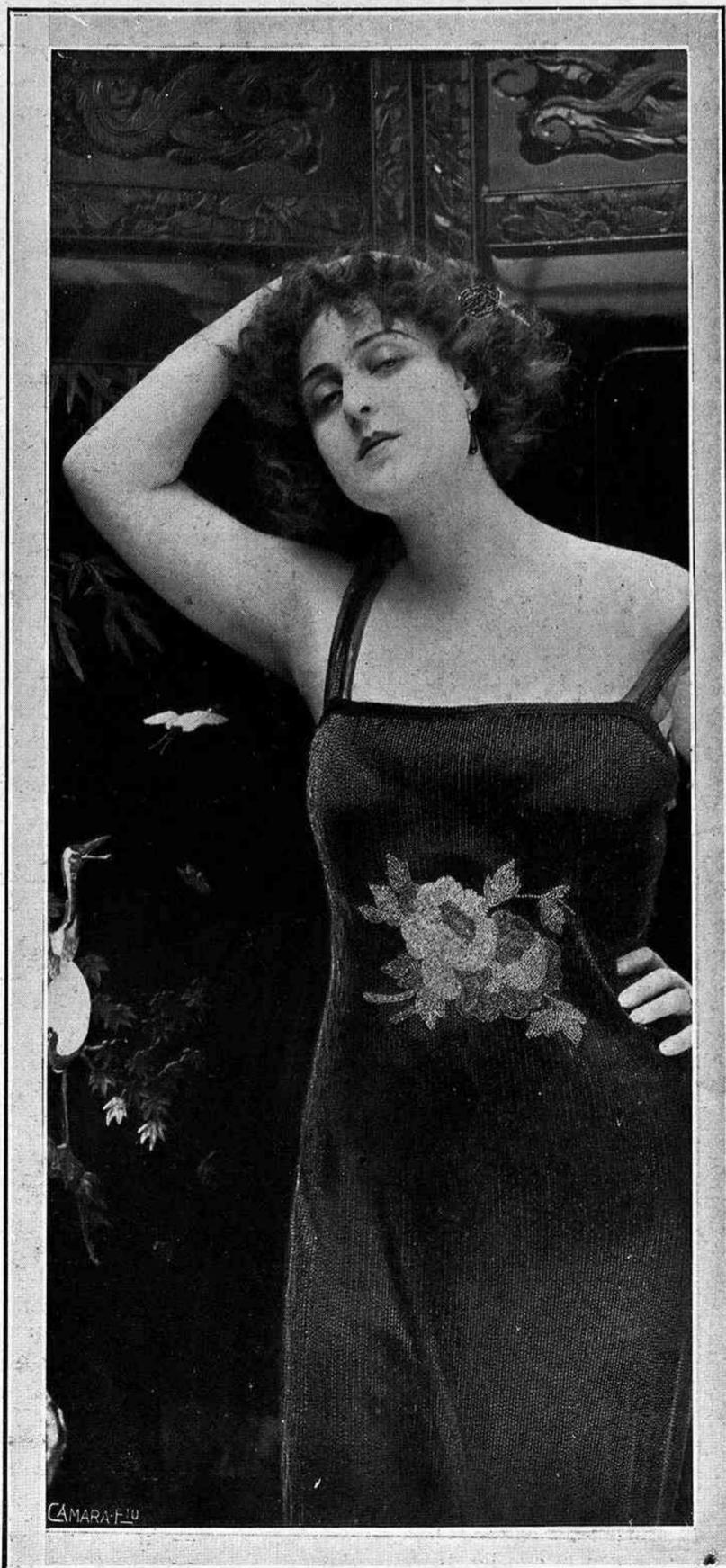
Desde la deliciosa camisa, pasando por el exótico pijama y el vaporoso y flotante salto de cama, un sin fin de creaciones para «interior», fantásticas y primorosas, sutiles y adorables, con todo el encanto de su frivolidad femenina, desfilan por la pantalla.

Y no sólo las artistas famosas, sino los maniqués vivientes que aparecen con tanta frecuencia en las películas que vienen de los Estados Unidos, nos hacen admirar deliciosos modelos de todo lo que una mujer que se precie de buen gusto debe tener en su guardarropa.

Resulta, por tanto, que el cinematógrafo viene á ser hoy, además de un espectáculo sumamente ameno y artístico, una magnífica revista ilustrada que nos pone al corriente de los últimos refinamientos de esa caprichosa tirana que llamamos Moda;



ITALIA ALMIRANTE MANZINI



PINA MENICHELÌ

y con su profusión de modelos y tipos que los exhiben altas y bajas, arrogantes y frágiles, rubias y morenas, nos facilita la ocasión de crearnos una personalidad, una distinción propia y original, por una selección cuidadosa y atinada.

ooo

Conocemos gentilísimas aficionadas que van al cinematógrafo con el propósito de «ver figurines» siempre que renuevan su guardarropa.

Y esta circunstancia, que es conocida naturalmente por los productores de películas, hizo caer hace poco en la cuenta á un conocido director norteamericano de que este sistema de elección era muy defectuoso por el tiempo que transcurre entre la edición de la cinta y su exhibición al público, sobre todo en países extranjeros. Este defecto, dicho sea de paso, á nosotros no nos parece de mucha monta, porque ya sabemos lo «adelantada» y «personales» que en asuntos de vestir son todas las artistas, y en particular las de cinematógrafo.

Però, en fin: eso pensó un señor director norteamericano, y como los yanquis son el demonio y no hay como ellos para obviar dificultades y destruir obstáculos, ¿qué dirán ustedes que ha ideado la importantísima casa donde trabaja dicho director? Pues... nada menos que enviar á París un delegado competéntísimo en materia de perifollos femeninos, con objeto de que en la deslumbradora villa *lumière* estudie y combine las modas con la antelación necesaria, á fin de que cuando la película se lance al mercado falte aún mucho tiempo para que las *toilettes* presentadas en ella se lleven...

¡Con lo veleidosa que es mamá Fashion, querer emplazarla!...

DUQUESA DE BORELLI

¡OJO CON LOS TÉCNICOS!



LA Humanidad es candorosa de suyo, y la inmensa mayoría de los ciudadanos se contentan con lo que les dan, sin meterse en más averiguaciones. Esta es la regla general; pero las excepciones son aquellos individuos que aparentan estar en el secreto, y que, en virtud de ello, gozan lo indecible en corromperles las oraciones á los demás.

—¡Caray, y qué bien canta esa tiple!

Esta afirmación que ingeniosamente deja usted caer, la recoge inmediatamente un técnico, que, encarándose con el espectador de buena fe, le dice:

—¡Qué disparate! ¡Usted se ha fijado cómo ha pasado del *la natural* al *si agudo*?

—Hombre, la verdad es que no. En ese preciso momento me estaba rascando la pantorrilla izquierda, donde debo de tener una pulga antimusical, á juzgar por la mala obra que me está haciendo toda la noche.

El otro mira con desprecio, y añade:

—Pues fíjese en ese paso del *la* al *re*, y luego hable.

—Es que ya no lo va á repetir.

—No importa; verá usted.

El técnico coge al inocente admirador de la tiple y se lo lleva á un rincón, y metiéndole el hocico en el oído, comienza á soltarle escalas más ó menos desatinadas, pero que él cree bastan para afirmar la certeza de sus observaciones.

—¡Usted ha visto lo que hago yo?

—Sí, soplarle en este oído.

—No, señor; probar que la tiple esa podría ser excelente para vender horquillas ó palillos para la dentadura, pero que ahí vale menos que una

zapatilla. Eso se lo afirma á usted quien puede.

—Sin embargo, yo creía...

—Claro, como no es usted técnico.

¡Ahí está la llave para hacer todas las observaciones que se quieran y apagar los entusiasmos del más pintado. ¡El tecnicismo! Es decir, una cosa que, por lo visto, sirve para pasar mal rato, mientras lo pasan bueno los que, desde luego, confiesan ser completamente profanos.

Porque eso es lo malo que tiene el ser técnico: el que no se puede gozar lo mismo que siendo ignorante. La suma de conocimientos que tiene el técnico se lo impide.

Supongamos que el espectáculo es una corrida de toros, y que la mayoría de los espectadores babean de gusto ante la faena que realiza un astro coletudo; pues nunca falta un dominador del toreo desde el tendido, un técnico, que protesta indignado:

—¡Vaya asco el de estos aficionados! ¡Pero, señores, si lo está toreando con el pico de la mula y con más movimiento en las piernas que si fuera en bicicleta!

—¡Embustero!

—¡Yo? Lo que digo es verdad y lo demuestro. ¡Por algo soy técnico!

—Pues que le den morcilla.

He aquí, como puede verse, que aquel espectador que entiende tanto de toreo, en vez de divertirse, como lo hacen los demás, sufre, pasa un mal rato, y por la noche llega á su casa completamente malhumorado.

—A ver, la sopa; ¡maldita sea!

—Pero ¿qué te ha pasado, hombre? ¿Has tenido algún disgusto?

—¿Qué me ha pasado? Que en este país nos dejamos comer por la ignorancia, y que la gente va á los toros como si fuese á una diversión. Sin entender una palabra y sin hacer caso á los que somos técnicos.

Las obras de arte son las que más motivos dan para que los técnicos luzcan sus conocimientos y produzcan el asombro á los restantes mortales.

—¿Ha visto usted los cuadros de Lupiáñez? Son interesantes.

—Lo dudo, porque conozco á Lupiáñez y sé que pinta como si sus cuadros fueran puertas cocheras. Ya los veré y daré mi opinión.

Efectivamente; el técnico se presenta á ver los cuadros, y Lupiáñez le recibe con toda clase de atenciones.

—No está mal... no, señor. Hay ambiente, hay jugosidad, hay frescura. ¿Aquello es un cementerio, verdad?

—Hombre, no. Es un desfile de tropas.

—¡Ah! Se conoce que he confundido las bayonetas de los soldados con unos cipreses. No está mal; hay ambiente, hay frescura.

Y tanto como hay frescura; pero es por parte del técnico, que, abusando del renombre que tiene, dice cada tontería del tamaño de una catedral.

Lector: ¿quieres ser feliz? Sigue tu propia opinión y no hagas caso de técnicos. Ellos te amargarán tus más dulces horas. Oyelos, y piensa todo lo contrario. Así estarás más cerca de la verdad.

Y salud.

MARTIN MARTON

DIBUJO DE E. H. NUNES

LA ACTUALIDAD EN INGLATERRA



Los Reyes de Inglaterra contemplando un aeroplano alemán en el Museo de la Guerra, instalado en el Palacio de Cristal, de Londres, y á cuya inauguración, celebrada recientemente, asistieron los Soberanos ingleses



Una elegante londinense luciendo un vestido bordado en lana, según el estilo de las alfombras persas, novísima variación de la moda femenina, introducida por el modisto Becker, y que ha sido acogida con gran entusiasmo por las damas "chic"

RECOGEMOS en la presente plana tres interesantes notas gráficas relacionadas con la actualidad inglesa. En una de ellas aparecen los Soberanos de Inglaterra durante su visita al Museo de la Guerra, recientemente inaugurado con el fin de recoger objetos que recuerden á las futuras generaciones la lucha gigantesca que ha desangrado á Europa durante estos últimos años. Otra de las fotos reproducidas nos presenta el último matiz que ha adquirido la moda femenina. Las damas elegantes lucen ahora vestidos bordados en lana, al estilo de las alfombras persas.



Lord Northeliff, propietario de "The Times" y de otros grandes periódicos ingleses, dirigiéndose al campo de "golf", su deporte favorito

FOTS. TRAMPUS

¿QUÉ TE DICE?..



—¿Qué te dice Ricardo?
 —Que su amor es más firme cada día,
 y que pronto vendrá, si yo le aguardo
 segura de quererle todavía.
 —¿Conque piensa volver?...
 —Es su deseo
 si la carta no miente,
 y, pues él me la ha escrito, así lo creo,
 porque no me ha engañado hasta el presente.
 —Pecas de confiada ó de inocente.
 —Yo no puedo dudar sin un motivo,
 que, á pesar de los años de su ausencia,
 ninguna de las cartas que recibo
 acusa la menor indiferencia.
 —¡Grande es tu fel...
 —Como el cariño sugo.

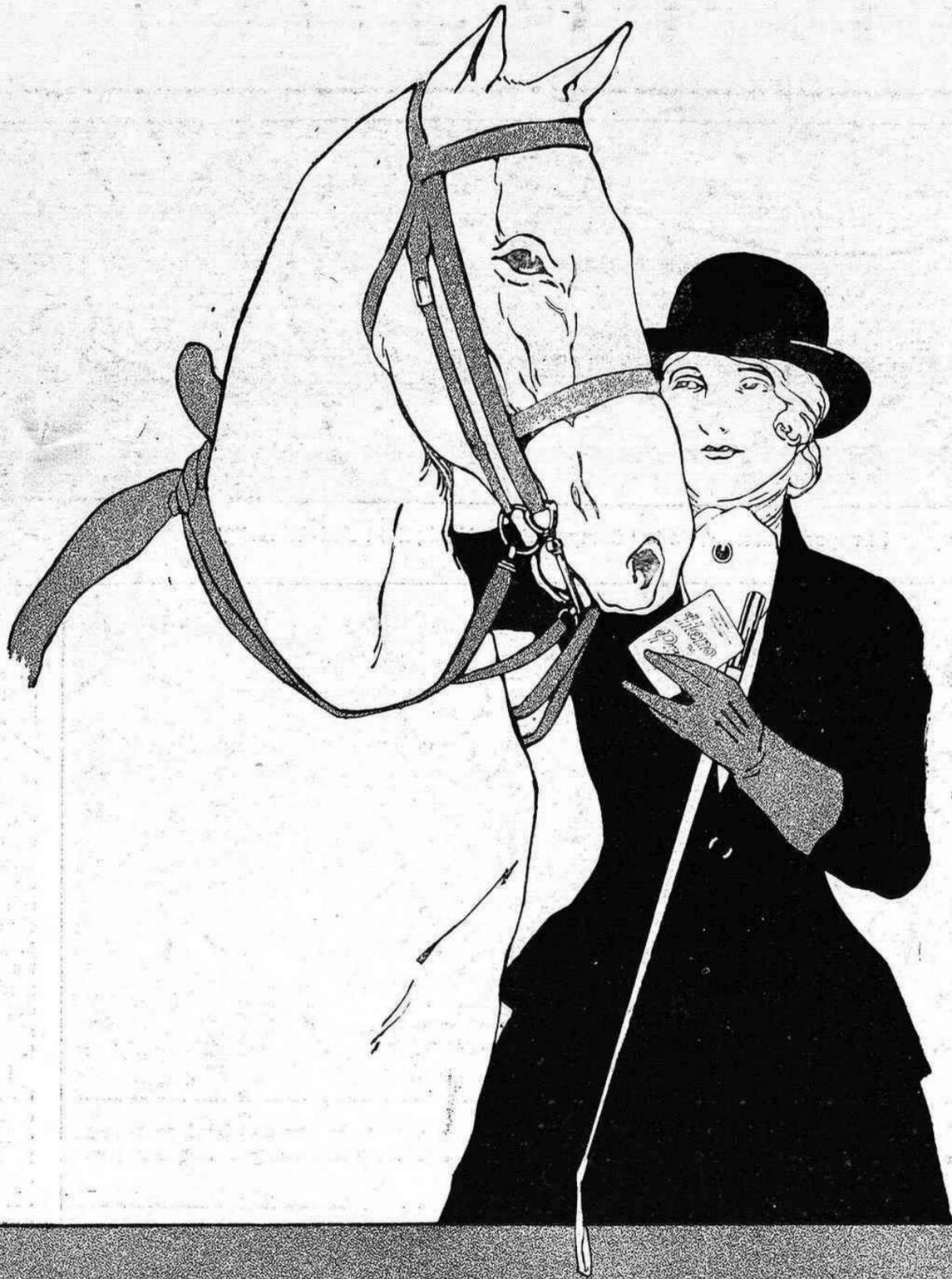
— Lo que tú te mereces...
 Yo en su defensa arguyo,
 porque has desconfiado muchas veces.
 ¡Seis años ya se cumplirán mañana
 desde que se embarcó para la Habana!
 —Parece que fué ayer...
 —Al que no espera
 una dicha lejana,
 no le importa del tiempo la carrera,
 los días van pasando y no se entera.
 Para quien, como yo, vive anhelante
 por el feliz regreso de su amante,
 y cifra en ello toda su esperanza,
 el tiempo se le antoja que no avanza,
 y un día le parece cada instante
 y un minuto es un siglo de tardanza.

Tú no sabes ni puedes darte cuenta
 de la angustia cruel que me atormenta,
 para tu bien, lo ignoras.
 Y yo, que vivo de mi amor sedienta,
 al curso interminable de las horas
 mi ansiedad crece tanto,
 ¡que sólo me consuelo con el llanto!
 —Para inundar tu pecho de alegría
 esperas de Ricardo la llegada;
 ¡lloras para ver el fausto día
 que te brinde la gloria deseada...
 Si comparas tu suerte con la mía,
 yo soy más infeliz: ¡no espero nada!

Federico GIL ASENSIO

COMPOSICIÓN FOTOGRÁFICA DE BUERBA

CÁMARA-F-14



Idea

¡JABÓN HENO DE PRAVIA!

ESTE HENO HUELE MEJOR
QUE EL QUE A MI ME DAN

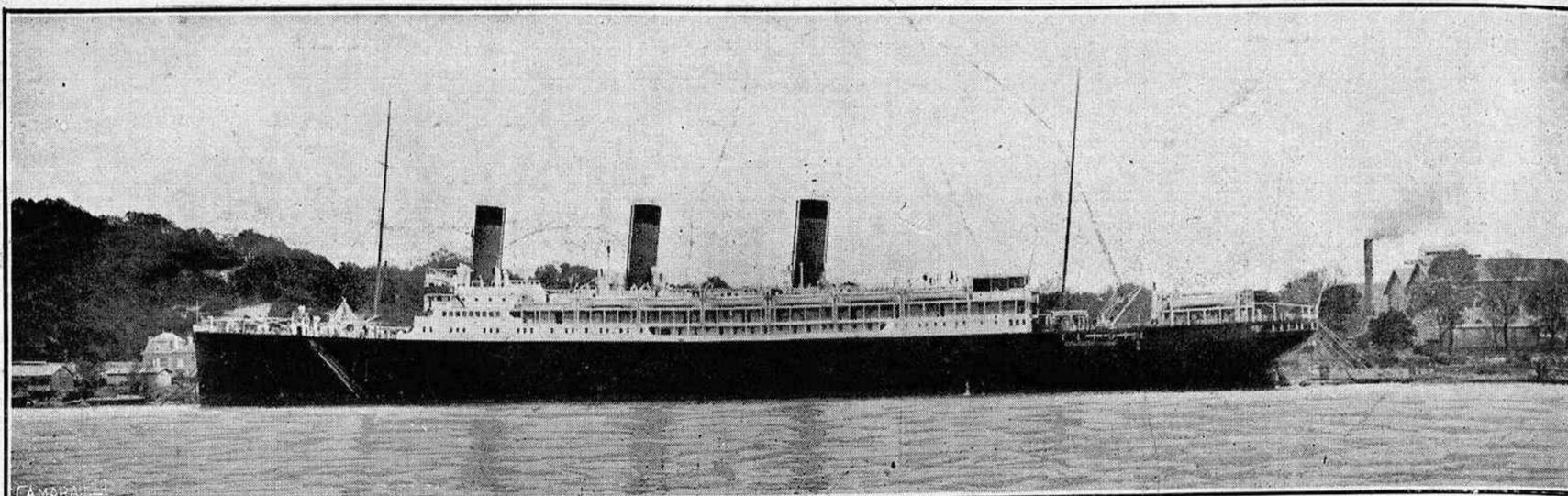
1,50 LA PASTILLA

PERFUMERÍA GAL

MADRID

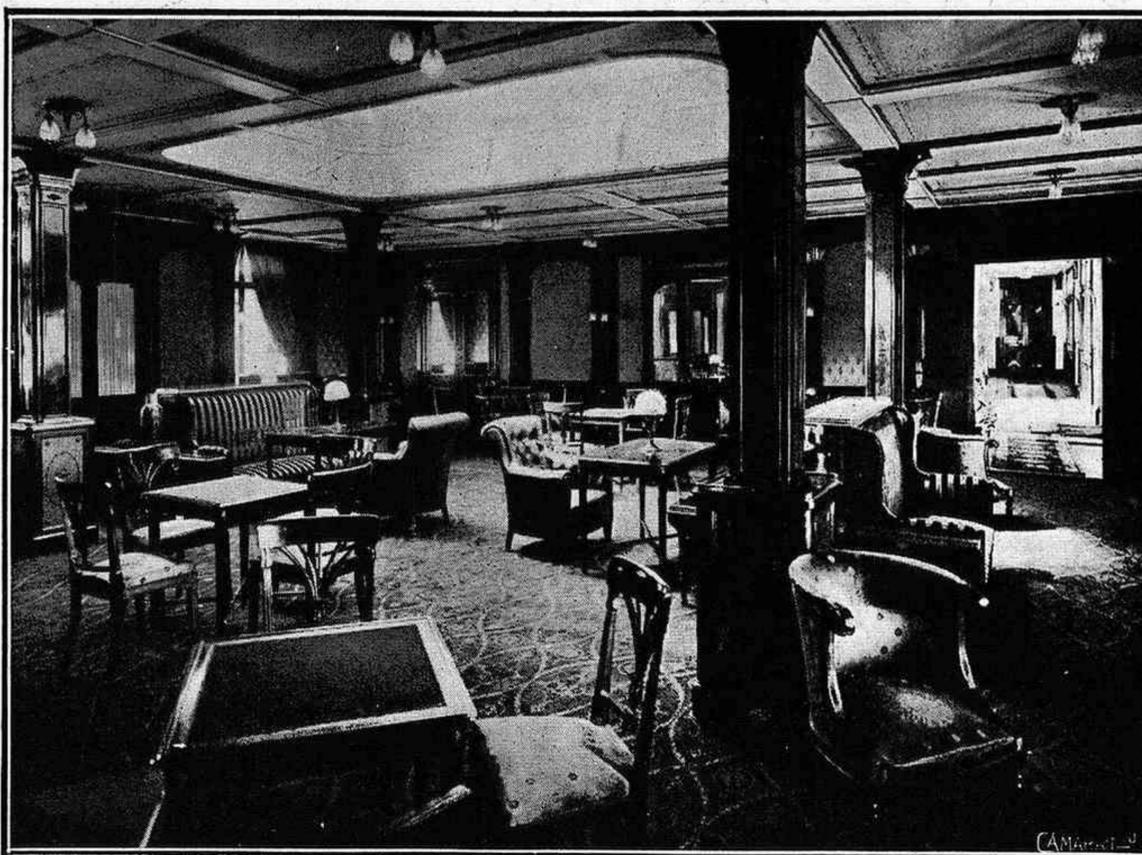
E. 307
190

LOS GRANDES TRASATLÁNTICOS



El vapor "Lutetia", de la "Compagnie de Navigation Sud-Atlantique"

El tráfico marítimo, singularmente en lo que se refiere a movimiento de pasajeros entre América del Sur y el Continente europeo, se ha intensificado de tal manera a favor de la paz, que una de las más apremiantes necesidades que hoy se sienten en el mundo es la del establecimiento de líneas de vapores rápidos. A dicha necesidad satisface la Compañía francesa de «Navigation Sud-Atlantique» con el servicio de trasatlánticos que inaugurarán con su soberbio paquebot *Lutetia*, magnífico barco de 18.000 toneladas, cuyo valor se estima en más de 100 millones, y es uno de los tipos más perfeccionados que surcará los mares. Tiene cuatro hélices, cuyo funcionamiento evita el balanceo en absoluto y hacen innecesario que el mobiliario vaya fijado a suelos o a paredes. Sus numerosos compartimientos estancos son garantía de perfecta seguridad para el pasaje. En cuanto a comodidades, bastará decir que los camarotes de gran lujo constan de alcoba, gabinete, cuarto de baño, salón, despacho, comedor, puente-paseo independiente, teléfonos, camareros y camareras exclusiva-

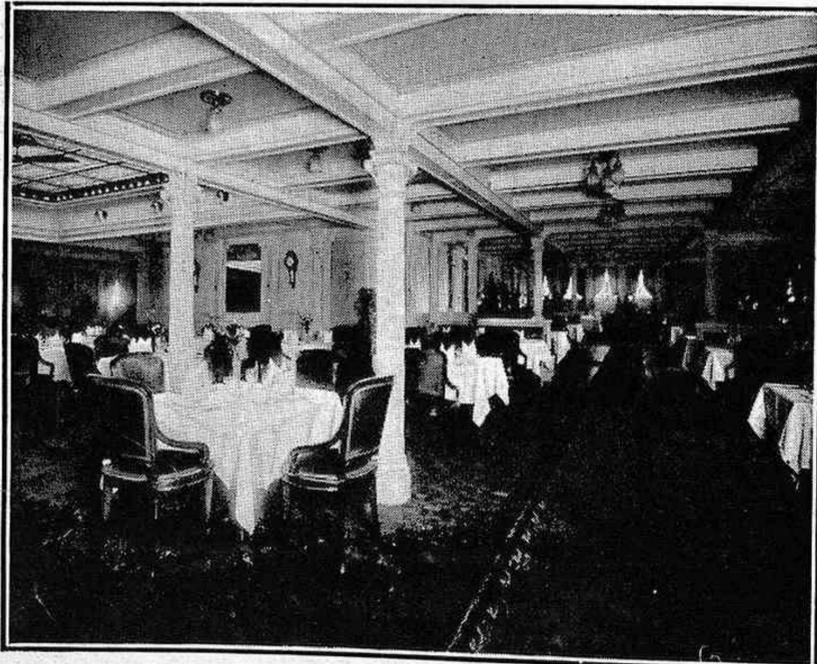


Salón del "Lutetia"

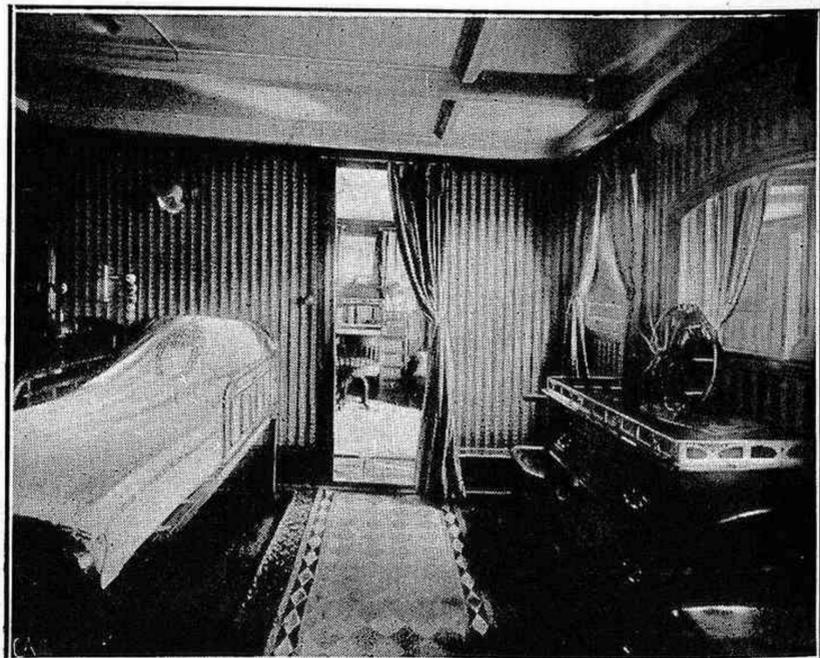
mente para el servicio de aquéllos. Lleva, además, el *Lutetia* salón de peluquería para señoras y caballeros; gimnasio; sala de juegos para niños; comedores especiales, también para niños; una sucursal de uno de los grandes almacenes de París, provisto de toda clase de artículos; servicio de banca, cajas de seguridad y correo; taller de lavado y planchado eléctricos; imprenta, montada con toda clase de adelantos modernos, y mil y mil detalles cuya enumeración resultaría interminable.

La «C.^{ie} de Navigation Sud-Atlantique» es propietaria también del *Massilia*, que substituye al *Gallia*, hundido durante la guerra, y es del mismo porte, tipo y condiciones que el *Lutetia*. Dicha Compañía, constituida en Sociedad con la de *Chargeurs Réunis*, gracias a su inteligente dirección, contará dentro

de poco con una flota de 800.000 toneladas. El *Lutetia* hace su primer viaje saliendo de Vigo el día 4 de Octubre y el 5 de Lisboa. En España la «C.^{ie} de Navigation Sud-Atlantique» ha conferido su representación a la Agencia en Madrid de la Compañía Internacional de Coches-Camas.



Un aspecto del comedor



Camarote de primera

Agente de "Prensa Gráfica" en los Estados Unidos: **Compañía Hispano-Americana**, 156, West 14TH Street, New-York.

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.^a**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. **Ortigosa y C.^a**, únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua

Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid

Lea Ud. los viernes la revista ilustrada

NUEVO MUNDO

40 céntimos número en toda España

VIGOR SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados

Pesos oro 600.000

entreganse á caballero formal desposando bondadosa é inocente señorita: evitar suicidio. Escribid (con sello 25 céntimos para respuesta): Matrimonial Club of New-York, Oporto.

LA BIEN PAGADA

ÚLTIMA NOVELA

DE

"El Caballero Audaz"

EN TODAS LAS LIBRERÍAS



Entre los muchos colores que se usaban en pintura, hoy el blanco no figura; pues las pintoras mejores usan crema PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,30. — Agua de Colonia, 3,50. — 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Loción para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista en Hermosilla, 57



EL MEJOR POSTRE
Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Lea usted **NUEVO MUNDO**

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24
Nadie se los enseñará mejor

DE LUIS ESTESO
Bacará y Treinta y cuarenta
Novela -- 3 pesetas
Librerías Fe y Pueyo. Madrid.

SE VENDEN
los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á la Administración, Hermosilla, núm. 57, Madrid

CREMA DENTIFRICA COLGATE

SOMOS felices porque nos gusta el delicioso sabor del dentífrico COLGATE—el que también limpia la dentadura muy bien.

Dr. Bengue, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FOTOGRAFÍA BIEDMA

Alcalá, 23.--Teléfono 730

Casa de primer orden Hay ascensor

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recienste, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

Misterios de la Policía y del Crimen
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN